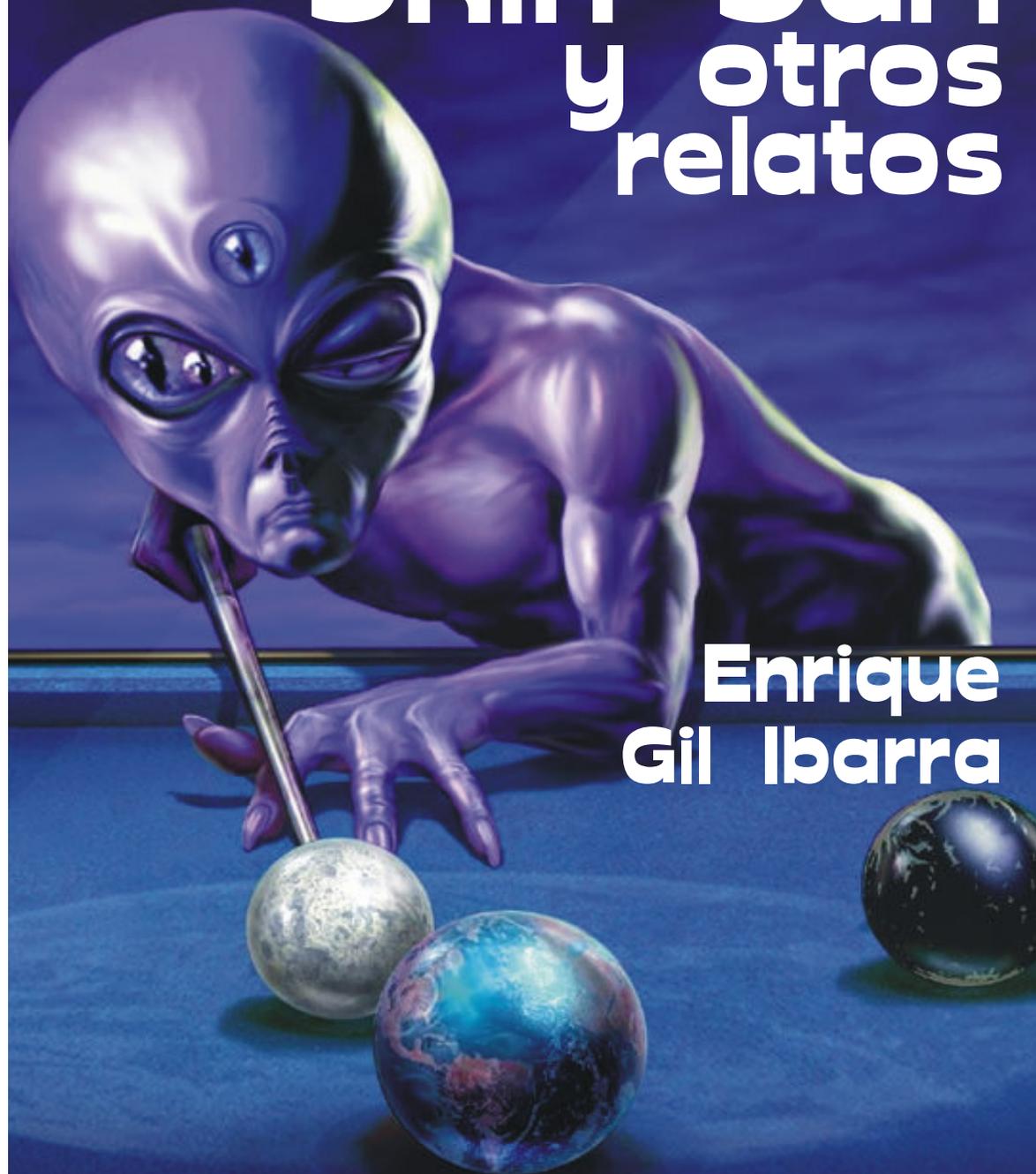


Skin Yari y otros relatos



Enrique
Gil Ibarra

LIBRO DIGITAL

SKIN YARI

- Preocupado, Skin Yari?

Cuidadosamente, - tengo una pierna lastimada- me dí vuelta y contemplé entre el humo de la habitación a la rubia escandinava que me interrogaba.

-No. Solamente dolorido. Muy dolorido. Y ya te dije que no me llames Yari.

-Uf. Tu mal humor está por convertirse en tu tercera pierna.

-Como van las cosas, será apenas la segunda. Esta no tiene aspecto de curarse. -Dije, observando preocupado mi pierna izquierda y el bastón de madera, (de muy buena madera) que descansaba a su lado.

-¿Pasó tu neuralgia?

-Si. Y era un dolor de cabeza.

-Hoy estás imposible. - me dijo la rubia, y se fue a otro rincón, perdiéndose entre el humo.

Siempre me cansaron las mujeres sofisticadas. Y si son rubias y escandinavas, más aún.

Huraño, para no perder la costumbre, me senté en un oscuro rincón alejado del centro del salón, donde más de ochenta aullantes hombres y mujeres se agitaban espasmódicamente siguiendo el ritmo supuestamente de moda esta semana. ¿Donde estará Brak? -Me pregunté- Apenas pasado un minuto, Brak apareció a mi lado. Algún día tendré que descubrir cómo funciona ese truco: Cada vez que pienso en Brak, surge instantáneamente.

-¿Te diviertes, Yan?

-Una enormidad. ¿Ves mi sonrisa?

-Sinceramente, no.

-Es que mis labios son muy pequeños.

-Ya me advirtió Linia que no me acercara a tu cueva. Dijo que tu mal humor de hoy superaba todo lo conocido.

-Perdóname Brak. La pierna me tiene mal. Y estos dolores de cabeza...

-¿Viste a tu médico?

-Ja.

-¿Lo viste?

-Sí. Me dijo que no sabía que podía ser, pero que probara a usar lentes de contacto para descansar los ojos.

-Excelente. ¿De qué color los elegirás?

-Otro chiste de esos, y los lentes los usarás tú.

-Bueno, bueno. ¿Cuándo viajas, Yan?

-En cuanto esté mejor.

-¿Adónde irás esta vez?

-No lo sé. Tal vez a Sudamérica.

-¿A tostarte en rayos Gamma? ¿Otra vez? Un día volverán sólo tus huesos de esas excursiones. Después de todo, ya estás un poco viejo, ¿no te parece?

-No.

-Veinte años de rayos Gamma son muchos, Yan.

-Otros aguantaron más.

-Claro, es cierto. Como Tirgu, por ejemplo. Míralo, allí está. Tiene cincuenta y cinco, y parece de noventa.

Nuestros ojos se dirigieron a un anciano que estaba sentado en un ángulo del cuarto, hablándoles a unos jóvenes ruidosos, que se reían a carcajadas.

-Bueno, tiene un tostado parejo. -Dije, tratando de no estremecerme-

-Búrlate todo lo que quieras. Cuando estés como él, cosa que sucederá muy pronto, ni siquiera Linia querrá acercarse a ti.

-Si pudiera sacarme de encima a Linia con sólo eso, creo que no lo pensaría demasiado.

-Es imposible convencerte, ¿verdad? El Súper Yan decidió que es inmortal, y está pronto a demostrarlo.

-Tengo que irme Brak, se hizo tarde.

-Como te parezca. Juntaré dinero para el funeral.

-Que las rosas sean amarillas. Es el color que le gustaba a mamá.

-Jamás le gustaron las rosas.

-Es que era un secreto entre ella y yo. Adiós, Brak.

-Hasta pronto, hermano.

El contraste entre la calle y el departamento de Brak era casi fantasmagórico. La niebla característica de la ciudad resultaba traslúcida en comparación con la densidad del humo del ambiente que acababa de abandonar. Respiré profundamente, y decidí caminar hasta casa. Antes de que semejante excentricidad se fijara en mi cerebro, extendí la mano y paré un taxi. Dificultosamente, entre muecas que brotaban directamente de mi pierna izquierda, subí al coche.

-Al hotel Selyrio.

-Si señor. Usted es Yan, no?

Simpático chofer. Me encanta que me reconozcan por la calle. Decidido a ser amable por una vez, contesté:

-Sí.

-Me pareció.

Y esa fue toda la conversación. Así aprenderás, Súper Yan - me dije- y retomé mi cara hosca que, dicho sea de paso, siempre me dio buenos resultados. En silencio cargado de presagios, llegamos a casa.

Desde hace cuatro años, vivo en el hotel Selyrio. Un día, descubrí que pasaba en mi departamento dos meses de cada siete, y decidí mudarme. Además, me gusta que me atiendan.

-Buenas noches, señor Yan. ¿Mejóro su pierna?

-No.

-Lo siento.

-Me parece muy bien. Mañana temprano vendrá a visitarme una persona. No me avise. Hágala pasar a mi habitación, y trate de que nadie la vea. -Dije confidencialmente-

-Cómo no, señor Yan. -contestó el empleado, bajando el tono de voz-

Otra de las cosas que me gusta es hacerme el misterioso. Sería divertido observar al empleado tratando de conseguir que Grot, con sus dos metros veinte, pasara desapercibido a las nueve de la mañana.

Pero lamentablemente, a esa hora estaré durmiendo como corresponde a un cazador que se respete.

Subí a mi habitación y, dolorosamente, comencé a quitarme los pantalones. A medio camino entre mi cintura y el piso, me endurecí. Por la puerta del baño asomaba el pulido caño de una pistola láser.

-Ya me vio, señor Yan? -preguntó la pistola-

-Sí. Ya lo vi. ¿Quiere presentarse?

-Por supuesto. - dijo la pistola, y avanzó tomada de la mano de un venusino

que me resultó cara conocida-

-Hola, Xic, tanto tiempo.

-Ve que sigues tan bromista como de costumbre, Yan.

-Es un hábito molesto. -Me disculpé-

-Sí.

La mueca burlona de Xic ocupaba toda la habitación. Los venusinos son seres muy especiales y sensibles, sobre todo ante el dolor ajeno. (Les encanta provocarlo). Así que decidí quedarme quieto.

-¿Puedo subirme los pantalones? Soy muy tímido.

-Puedes. Pero despacito. Tienes muy lindas piernas.

-A cuántos les dirás lo mismo. ¿A qué viniste?

-Mañana viene Grot a verte. ¿Qué quiere?

-Ir de caza, como siempre. ¿Que otra idea podría entrar en esa gran cabeza?

-¿A dónde?

-A Sudamérica. ¿Por qué?

-Porque no quiero que vayas.

-¿Es una declaración de amor?

Rápidamente me arrepentí del chiste. Xic me envió sus pensamientos amables a través de un fugaz toque de láser en mi dedo gordo del pie izquierdo. Con mi acostumbrada agilidad, me senté en el suelo y me froté el dedo, diciéndole calmosamente:

-Gusano hijo de puta, si no tuvieras la pistola...

-No estaría aquí, estúpido. - me contestó Xic, abriendo su ancha boca de pato en un remedo de carcajada-

- Le dirás que no puedes ir -prosiguió Xic- Ponle cualquier excusa.

-¿Cómo qué?

-Que te lastimaste el dedo, por ejemplo. O que perderás la cabeza.

-¿Y si no?

-Perderás la cabeza.

-Ajá. Entiendo. ¿Por qué?

-Porque sí.

- Ustedes los venusinos son tan claros... tan inteligentes... tan explícitos....tan...

Al ver la cara de Xic me interrumpí inmediatamente. Y escondí mi pie.

-Bueno, no es para enojarse, hombre, - le dije- entre colegas...

-No vayas, Yan, Es la última advertencia.

-¿Estás seguro que no te pagó mi hermano? -refunfuñé-

-¿Qué?

-Olvídalo.

-Adiós.

Esperé a que se fuera, mirándolo mientras atravesaba la puerta cerrada. Cada vez que veo a los venusinos hacerlo me asombro. En fin. Me tiré sobre la cama, decidido a dormir y a encontrar una buena excusa para mentirle a Grot. Los venusinos no juegan, y Xic menos que ninguno.

-Eres un cobarde, Yan. -Me dije- y me contesté:

-Si. Si. Si. Qué le vamos a hacer.

Abrí mi ojo derecho y miré el despertador, pronto a arrojarlo por la ventana

-cerrada- de la habitación. Inocente, el artefacto me devolvió un tic-tac cálido que nada tenía que ver con el estridente sonido que me había despertado. Pensé unos segundos y decidí que tenía que ser la puerta. Grot, claro. Y a las nueve en punto.

-Pase.

-Hola Yan.

En el marco de la puerta pude observar un par de piernas, una gruesa cintura y un torso. La cabeza, el cuello y los hombros quedaban bastante más arriba. Grot se comprimió, flexionó las rodillas, inclinó la cabeza, empujó, y no sin esfuerzo se introdujo en la habitación, haciendo vibrar el sufrido marco.

-Hola Grot, siéntate. ¡Ahí no, imbécil! Es la única silla que me quedó de mi abuelita. En el suelo.

-No voy a romperla, Yan. Además, no pensé que tuvieras abuelita.

Y se sentó. En la silla, claro.

Lo miré nuevamente, evaluando su tamaño. Parecía Gúlliver sentado en el suelo. Bueno, no exactamente. Bajo su trasero, los restos de la silla de mi abuelita crujían lastimeramente.

-La rompiste, Grot.

-Lo siento, pensé que era más resistente.

-Era resistente. Te soportó casi dos segundos.

-Me alegra que lo tomes con buen humor.

Cauteloso, miré sus brazos. ¿Han visto alguna vez una serpiente pitón bañada en rayos Gamma? Grot tiene un poco de eso.

-No importa. Tengo algo que decirte...

-Ya compré todo lo necesario. Cuerdas, un retroturbo, cargas reforzadas para escopetas láser, trajes aislantes...

-Escucha, Grot, tengo algo que decirte...

-Dos carpas autónomas, bebida en abundancia....

-Grot. No voy a ir.

-Bueno. Alimentos concentrados... ¿qué?

- No voy a ir.

-Pero, Yan, ¿por qué?

-Eh...me duele el dedo gordo del pie.

-Ya sabía que no era en serio. -Suspiró Grot, aliviado- Cuando pasó la ráfaga, contesté:

-En serio Grot. No voy.

-Ya compré todo.

-No voy.

-Gasté mucho dinero.

-No voy a ir.

-Avisé a todo el mundo.
-No voy.
-No puedes hacerme eso.
-No voy.
-No vas a hacerme eso. -Dijo Grot, y tendió los brazos hacia mi cuello.
Agilmente, me deslicé por el costado de la cama hasta el suelo. Asomé la cabeza por el borde de la cama y valientemente pregunté:
-¿Cuándo salimos?
-Hoy.
-Estoy ansioso por cazar, Grot, de veras.
-Eso me pareció. Te espero abajo. Y más te vale no escaparte, Yan.
-Nunca se me ocurriría semejante cosa. ¿Y si se me ocurriera?
-Perderás la cabeza.
-Ajá.
Curiosa la similitud con Xic. Allí empecé a preguntarme si no tendrían los dos la misma madre. Con mi disputada testa trabajando a todo tren, empecé a vestirme.
El vestíbulo del hotel estaba lleno de sol. Increíbles muebles, recuerdos de épocas lejanas, antes del tercer conflicto, producían una agradable y tibia sensación de decadencia.
En el medio del amplio salón, la figura gigantesca de Grot me esperaba, impaciente. Sus grandes manos hacían crujir las articulaciones, lo que me indicó que mi amigo todavía estaba alterado.
A prudente distancia, le insinué:
-¿Vamos Grot?
-Que suerte que no te escapaste, Yan.
-Te hubieras quedado sin cazador. -Afirmé, con aire suficiente-

-Te hubieras quedado sin cabeza. -Afirmó Grot, con aire más suficiente todavía-
-Bueno, sugiero que dejemos esos temas desagradables para cuando estemos en viaje. Tenemos por delante dos largos meses.
-Espero que sean menos. Debo volver en tres semanas.
-¿Tres semanas? Soy cazador, no mago. ¿Qué esperas cazar en tres semanas? ¿Serpientes rojas?
-Algo más importante, Yan. Mucho más importante. Esta vez no cazaremos. Vamos en busca de algo.
-Contrata un guía...después de todo, hay muchos buenos. Conozco uno que...
- No, Yan. Te necesito a ti. No vamos a discutirlo de nuevo, ¿eh ?
Mi parte cobarde me obligó a encogerme de hombros, mientras mi sector valiente me insultaba de arriba a abajo.
Pensé en la posibilidad de escapar apenas cruzamos el umbral del hotel. Pensé también en Grot enojado, y mi pierna lastimada se retorció levemente. “Ante la duda, abstente” -me dije- y seguí a Grot como un corderito enamorado.
En la playa de helicópteros, encontramos fácilmente el de Grot, y tuve ocasión para asombrarme al verlo introducirse en la cabina. A uno le da la terrible impresión de que el plástico hiper templado no resistirá la presión.
Tras un corto viaje, llegamos a la casa de Grot. Hermosa mansión en medio de un gran campo. Evidentemente, ser funcionario del Centro de Investigaciones Planetarias tiene sus ventajas. En el espacio abierto frente a la casa, se amontonaban las cosas necesarias para la expedición. El retroturbo, de nuevo modelo, descansaba sobre la pista de despegue, a nuestra izquierda. Me acerqué a observarlo.

-Es precioso, Grot. ¿Cuánto te costó?

-Mil dins.

- Fiuuu. Cuatro o cinco de tus sueldos. ¿Cómo lo pagaste?

- Todavía no lo pagué.

- Ah. - esperé una aclaración-

-Lo pagaré cuando volvamos.

-Ah.

Me sentí orgulloso de mi sagacidad. Había conseguido averiguar que evidentemente lo que traeríamos de la expedición le proporcionaría a Grot bastante dinero. Obviamente, era un dato que a Grot no me daría por propia voluntad.

- Con lo que traigamos ganaré bastante dinero, Yan. -Dijo Grot-

- Me imaginé.

Olvidé comentar que no solamente me molestan las rubias escandinavas. A veces también me hartó de mí mismo.

Sin más preparativos que cargar el equipo en el retroturbo, partimos. Inmediatamente, me dediqué a revisar nuestros pertrechos. Como de costumbre, Grot no había olvidado nada. Ocupé el asiento del copiloto, a su lado.

-¿Por qué no trajimos piloto?

-Te advertí que ésta no era una expedición común, Yan.

-¿Y si me explicas de una vez lo que vamos a hacer?

- Bueno. Creo que ya puedo hacerlo. ¿Conoces algo de historia, Yan?

-Algo.

-Bien. Como sabrás, antes del tercer conflicto la Federación no existía....

-Eso lo sabe un chico de escuela... -interrumpí -

-¿Quieres enterarte, o no?- dijo Grot, enojado-

-Perdona. Escucho.

-Mejor. Hace mil ochocientos años, poco antes del tercer conflicto, los viajes interplanetarios eran muy limitados. En ese momento, el inmenso costo de las expediciones a los planetas cercanos no podía ser soportado por un solo país. Entonces las principales potencias decidieron colaborar entre sí en aras de un mayor avance, mejor tecnología, etc., etc.

-Y después se destruyeron.

-Si. ¿Parece irónico, verdad? Pero antes de eso crearon un Centro Mundial del Espacio que se encontraba en Sudamérica....

-¿Y por qué en Sudamérica? Países pobres, sin poder....

-Precisamente por eso. Ninguna de las potencias aceptó que el Centro estuviera ubicado en una de las otras, y entonces eligieron una zona neutral y sin demasiada importancia. Desde allí partieron las primeras expediciones tripuladas a los planetas del Sistema.

-Si, a Marte, Júpiter...

-Pero sobre todo a Venus.

-Claro. Porque estaba habitado. ¿Pero por qué no me explicas qué es lo que vamos a buscar, en lugar de jugar a profesor de historia?

-Ya llego. Estás equivocado. Venus nunca estuvo habitado antes de la primera expedición terrestre.

-¿Y los venusinos, dónde vivían? -Pregunté irónicamente -
Grot no se dio por aludido, y contestó, pausado:

-En la tierra. Antes del tercer conflicto, los venusinos no existían. La primera expedición fue seguida de una segunda, y se creó una colonia. Durante el tercer conflicto, el contacto con la colonia se perdió totalmente. Durante mil quinientos años, no tuvimos ninguna relación con Venus, y aunque al comienzo hubo preocupación por la suerte de la colonia, cien o doscientos años más tarde ya nadie recordaba que existía. Se pensó que todos los

colonos, sin la ayuda terrestre, habían muerto. Obviamente, no fue así.

-Pero eso es imposible. Los documentos, los datos....

- Los países quedaron arrasados. Desorganizados durante casi seis siglos. Además, toda la documentación acerca de los vuelos se encontraba en el Centro Mundial, en Sudamérica. Que “casualmente” fue una de las primeras zonas que quedó totalmente destruida. Si existían otros comprobantes y documentos, es de imaginar que se encontraban en los Centros de Gobierno de los respectivos países, y fueron destruidos igualmente, ya que esos centros volaron en primer lugar.

-Entiendo. ¿Y después?

-Después, hace sólo trescientos años, comenzamos a perfeccionar nuevamente los viajes espaciales. Y cuando estábamos por descubrir el viaje interestelar, aparecieron los venusinos. Ellos ya conocían la técnica, y nos ayudaron en eso. La memoria de la colonia terrestre en Venus ya no existía, y los aceptamos como una raza distinta, diferente. Además su aspecto no es muy terrestre que digamos. Tú lo sabes.

Pero... ¿quieres decir que los actuales venusinos son descendientes de esos terráneos? Es imposible, Grot. Con ese aspecto. Esos picos de pato, el color...

-De nuevo estás equivocado. ¿Quién puede saber los experimentos genéticos que puede realizar un reducido grupo de personas en un planeta extraño, durante mil quinientos años, para adaptarse a una gravedad y temperatura distintas, con alimentación diferente, sin incorporación de sangre nueva?

-¿Y el color? ¿Y la estatura? Y...

-Yan. Voy a pensar que eres realmente un idiota. Te dije que todas las naciones colaboraban en el Centro Mundial. ¿Que tiene de raro

que en una comunidad reducida imponga sus características la raza más pura y fuerte? Bastaría sólo con que entre cien colonos hubiera veinte hombres y mujeres de color para que al cabo de cierto tiempo -y hablamos de mil quinientos años- todos sus descendientes tuvieran la piel oscura. Y en cuanto a las otras características, bueno... no soy científico, pero creo que la menor densidad de la atmósfera pudo inducirlos a modificar su complejión. La cercanía del sol y la casi insignificante filtración de rayos infrarrojos la pigmentación de los ojos, y así sucesivamente.

-Si. Supongo que tienes razón. Pero todavía no sé por qué estamos viajando, ni cómo descubrieron todo esto después de mil ochocientos años.

-A eso voy. Hace escasamente un año desenterramos lo que pudo haber sido la capital de Francia antes del Tercer Conflicto. Milagrosamente encontramos un refugio que supuestamente correspondía al Centro de Gobierno -y digo milagrosamente no porque lo hayamos encontrado, sino porque los técnicos que hicieron el trabajo eran unos imbéciles- y encontramos unos documentos que se referían vagamente al proyecto Venus I y Venus II

Los documentos afirmaban que el proyecto se llevó a cabo. Después, solo fue cuestión de un poco de imaginación, y un mucho de leyenda. Mezclamos todo, y nos quedó la sospecha de lo que pudo haber sucedido en realidad. Esto es lo que tenemos que confirmar nosotros.

-No entiendo.

-El Centro Mundial estaba en Sudamérica. Supongo que todos los documentos estarían bien protegidos. Puede que los refugios hayan resistido, tal vez....

-¿Eso es lo que vamos a buscar? ¿Los refugios? ¿Y para qué?

-Esto es importante, Yan. Los venusinos no reconocen su origen terrestre. Las pocas insinuaciones que les hicimos al respecto por poco nos cuestan una nueva separación de mil ochocientos años. Tenemos que conseguir esos documentos que prueban sin lugar a duda lo sucedido.

-¿Y por qué?

-Bueno... en primer lugar porque es verdad. En segundo lugar porque es importante conocer la historia tal como fue...

-¿Y en tercer lugar?

-Este... porque queremos reclamar derechos sobre Venus.

-¿Qué? ¿Derechos sobre otro planeta habitado? Están locos.

-Míralo desde nuestro punto de vista, Yan. Venus es nuestro. Nosotros lo colonizamos. El hecho de que una pandilla de renegados niegue los derechos que legítimamente...

-¿Creo entender que estás denominando “pandilla de renegados” a veinte millones de venusinos?

-Bueno, después de todo la tierra tiene más del triple de habitantes...

-Sí. Y antes del Tercer Conflicto tenía cien veces más. Y nos matamos entre nosotros.

-¿Y eso que tiene que ver?

-Sólo que huelo un Cuarto Conflicto por aquí cerca.

-Eso es imposible. Nunca se atreverían.

-No estaba pensando en ellos.

-Nosotros, no, Yan. Jamás destruiríamos Venus.

-Claro que no. Somos demasiado buenos.

-Sí, Además, no seríamos tan tontos como para destrozarnos con bombas atómicas el mayor yacimiento conocido de Turanita...

-Así que esa es la cosa. Por eso el interés para reclamar derechos sobre Venus.

-Bueno, tiene su importancia. Los viajes estelares son imposibles sin la Turanita. Y mientras nosotros tenemos que fabricarla químicamente, ellos la tienen en estado natural. ¿Te parece justo?

-Tamaña injusticia me conmueve.

-No te burles, Yan. Con la Turanita ellos pueden llegar primero que nosotros a las estrellas, y apropiárselas.

-¡Qué horror!

-Se convertirían en un planeta poderoso. Más que nosotros.

-Y, por supuesto, nosotros sentimos que estamos llamados por la historia para ocupar ese papel, ¿verdad?

-Bueno, la tierra es la cuna de la humanidad.

-Pues para ser una cuna, es bastante insalubre. No voy a seguir adelante.

-Yan, no me obligues a forzarte.

-¿Y cómo lo harás? ¿Necesitas un guía, no es verdad? ¿Y si no quiero guiarte?

-Puedo matarte -dijo Grot, pensativo-

-Y te quedas sin guía.

-Y tú sin cabeza.

-Debo ser excesivamente inteligente. O muy feo. Todos se preocupan por mi cabeza. No voy.

-Y si te ofrezco mil dinares?

-¿Soborno? Menos todavía.

-¿Cinco mil?

-Ni por veinte mil colaboraría en un proyecto tan vergonzoso.

-¿Y por cincuenta mil?

-Por cincuenta mil podría pensarlo -contesté balbuceante, mientras la cabeza se me llenaba de numeritos-

-¿Digamos sesenta mil? -Preguntó Grot, sonriente-

-Después de todo, no es justo que ellos lleguen primero a las estrellas.

-¿Trato hecho?

-Bajo presión, acepto.

Me sentí despreciable y ruin. Mientras Grot comenzaba a buscar un terreno apropiado para el aterrizaje, me cubrí de insultos y denuestos, que competían furiosamente con deliciosas visiones de billetes de mil dins. Lamentablemente para mi propio autorrespeto triunfaron las visiones.

Grot aterrizó suavemente en una pequeña meseta que mentalmente ubiqué en el territorio correspondiente a Perú. Durante la conversación, habíamos sobrevolado a gran altura una de las más grandes extensiones de tierras calientes de Sudamérica: lo que antes del Tercer Conflicto se denominaba Brasil. Actualmente, casi todo el territorio comienza a normalizar su temperatura. La irradiación de rayos Gamma se ha hecho medianamente tolerable para el ser humano hace cien o cincuenta años, y continúa disminuyendo. Desde esa fecha, los grandes industriales, o los jefes de la Federación Mundial pasan sus vacaciones cazando en las zonas más accesibles o divirtiéndose con las mujeres de las escasas tribus de salvajes que han sobrevivido a la radiación.

Extrañamente, aunque mutantes y no totalmente humanas, muchas de las hembras de dichas tribus conservan una rara belleza; y los señores civilizados ejercitan con ellas las más insólitas acrobacias que jamás sus esposas les permitirían.

Salimos del retroturbo, cuidando de ponernos los protectores oculares. El atardecer en las zonas "rojas" daña los ojos gravemente, e incluso puede provocar una ceguera temporal si no se toman mínimas precauciones. Sobre la meseta, se divisaba el sol perdiéndose tras las montañas. Al sur, la tierra reflejaba una

tonalidad rojiza y brillante, que coloreaba desagradablemente la vegetación irreconocible. Por allí no se cazaba nunca. A mayor reflejo, mas radiación, y mayor calor. En ese momento recordé a Tirgu, mi maestro cazador. El se había aventurado en esa zona de una manera imprudente. Nunca volvió a cazar. Contó que había penetrado en la zona más "roja" por alrededor de un mes. Eso fue suficiente para que su pelo desapareciera, su piel se arrugara hasta un límite increíble, perdiera todos sus dientes y se convirtiera en un anciano adolorido y consumido. A Tirgu le quedaba tan solo un año de vida. Dos, a lo sumo. Con un estremecimiento, despejé mi mente de su imagen y pregunté:

-¿Hacia donde?

-Hacia allá. - dijo Grot, señalando al sur-

-¿A la zona roja? Ni loco. -Exclamé, sujetando mis pantalones-

-Ya cerraste trato, Yan -me recordó Grot, calmadamente-

-Pero tú no sabes lo que es eso. Conoces a Tirgu. ¿No querrás terminar como él, verdad?

-No. El estuvo en la zona cerca de un mes. A nosotros nos bastará con una semana.

-Diez años de vida.

-Sesenta mil dins.

Hice un cálculo: treinta, más diez, cuarenta. Y con dinero.

-¿Qué esperamos?

-Supuse que dirías eso. Vamos.

Sacamos del retroturbo las Unimot. Cada uno cargó en la suya su equipo individual y repartimos el resto. Todavía preocupado, pregunté con aire indiferente:

-¿Estamos lejos?

-Un par de horas de Unimot y luego tendremos que caminar. No conozco la ubicación exacta del Centro Mundial, pero algo habrá

quedado entre la destrucción. Espero que desde las Unimot podamos descubrir algún indicio.

-¿Y si sabes todo, para qué me necesitas a mí?

-Porque no sé lo que puede haber allí abajo. Nunca se exploró esta zona desde el Tercer Conflicto. Tú eres cazador y podrás arreglártelas con lo que aparezca.

-Agradezco tu confianza -dije, intentando sonreír-

Una hora y media más tarde todavía nos desplazábamos sin ruido por el aire. Cincuenta metros más abajo, la vegetación se extendía sin solución de continuidad, hasta dónde alcanzábamos a divisar.

El sol se ponía lentamente y aumentaba el calor. Como era obvio, no tendríamos que preocuparnos porque se hiciera de noche. En las zonas “rojas” la noche no existe. Una penumbra rojiza y brillante, permanente, ilumina a toda hora el terreno, dando tanta luz como en un día muy nublado. Por el contrario, en la mañana, lo aconsejable es introducirse en las carpas térmicas refractarias. De lo contrario, el sol en su ascenso puede convertirlo a uno en un huevo frito ciego en menos de treinta minutos, a pesar de los protectores oculares y de la ropa aislante. Según algunos científicos la acción del sol, unida a la radiación existente en la superficie de la tierra bombardeada, produce esa extraña aleación termo-radiactiva que devora literalmente la humedad del cuerpo y genera extrañas reacciones químicas en el organismo. Tal vez por este motivo la fauna existente en las zonas rojas sea tan estrafalaria y gigantesca, como medida de supervivencia en un medio inhóspito. En estas zonas no es desusado ver raras mutaciones y cruza de animales, que dan por resultado los engendros más inimaginables. Recuerdo una ocasión en una de mis primeras cacerías, cuando tuve oportunidad de ver de cerca lo que me pareció un zorro gigantesco, -medía casi un metro y medio de altura- totalmente desprovisto de pelo y de

color rojo subido. Lo verdaderamente extraño en el animal, era que sus patas tenían los pulgares en oposición a los demás dedos, lo que le permitió tomarse de una rama baja y desaparecer de mi vista con la agilidad de un mono, perdiéndose en la copa de un árbol. Y ahora que lo menciono, recuerdo también un árbol rarísimo que...

-Yan. Mira. Allá a lo lejos.....

-¿Dónde?

Siempre me incomoda que me arranquen desconsideradamente de mis recuerdos. Tal vez por eso contesté de mal modo, y al no obtener respuesta de Grot volví a preguntar, francamente irritado:

-¿Dónde? -aunque veía perfectamente una monolítica construcción que sobresalía entre los árboles-

Intrigado por el silencio, volví la cabeza hacia el lugar donde volaba Grot en su aparato. Ya no estaba. Quince metros más abajo, Grot forcejeaba con los mandos de su Unimot sin conseguir en apariencia que remontara altura. Incliné la proa de mi artefacto y descendí rápidamente.

-¿Qué te pasa?

-No responde.

Grot estaba pálido. Pensé que aún para un tipo de su tamaño, debía resultar muy desagradable estrellarse contra el suelo desde una altura de treinta metros. Perdón, veinticinco.

-Grot. Voy a acercarme. Cuando esté cerca tuyo tómate de mi Unimot. Y no te sueltes. ¿Eh?

-¿Nos aguantará?

-Seguro.

Temblando como una hoja, acerqué mi Unimot al de Grot. Por la izquierda, manteniendo una altura un poco superior.

-Ahora, Grot.

Los brazos de Grot se tendieron hacia mi aparato y se prendieron como tenazas. Simultáneamente, abrió sus piernas y su Unimot, sin control, comenzó una violenta picada hacia los árboles que extendían sus ramas diez metros por debajo de nuestros pies.

Los ciento cincuenta y pico de Kilos de Grot pesaban sobre mi Unimot, diseñado para una sola persona, y normal, por añadidura.

A pesar de mis esfuerzos, empezamos a descender suavemente.

-Se acaba el viaje, Grot.

-Espacio, espacio...

Grot estaba pálido y sudoroso. Sus manos se agarrotaban en la parte posterior de mi aparato. A horcajadas, giré la parte superior del cuerpo y lo observé detenidamente.

-Ahora se terminó la presión, Grot. Podrías caerte, y yo no estaría obligado a guiarte a ningún lugar más.

-¿No me harías eso, verdad, Yan?

-¿Por qué no?

-Porque volarían tus sesenta mil dins...

-Esa es una excelente razón. -reflexioné- Agárrate fuerte, mi viejo.

Descendimos despacio, en círculos, tratando de bajar lo más cerca posible del Unimot de Grot, aunque yo estaba convencido de que ya no servía para nada. Grot encogía las piernas para evitar el roce con las ramas de los árboles y suplicaba:

-Con cuidado, Yan... con cuidado....

Al fin, llegamos al suelo, a escasos metros del artefacto de Grot.

Este se soltó a un metro de la tierra, rodando aparatosamente sobre el pasto duro y hosco.

Por mi parte, detuve el Unimot y descendí suavemente, observando el terreno. Sin atender a los gritos de dolor de mi compañero de viaje, me acerqué a su vehículo y comencé a

examinarlo. Cinco segundos me bastaron para comprender que no tenía combustible.

-¡Animal! ¡Bestia! -Le grité- ¡no llenaste los tanques!

-Pero, Yan, -contestó, atribulado- no puede ser. Yo mismo los llené. Estoy seguro.

-Pues están vacíos.

Grot se acercó al Unimot semidestrozado. Observó el tanque detenidamente, y luego lo inspeccionó por afuera. Creo que vimos el agujero al mismo tiempo. Un pequeño agujerito en la parte inferior. Acercamos nuestras cabezas al agujero y luego nos miramos.

-Este agujero...-comenzó Grot-

-Fue hecho a propósito -concluí-

-A alguien no le caemos nada simpáticos.

-Creo que es evidente que tus venusinos no quieren entregar su planeta así porque sí.

-¿Te parece?

-Ajá.

-Qué le vamos a hacer. Tendremos que caminar. ¿Para dónde quedaba?

-¿La construcción que señalaste? Hacia el sur. Unos veinte kilómetros.

-¿Ves que sí te necesitaba?

Insólitamente, nuestra caminata hacia la construcción fue absolutamente pacífica y tranquila. Tan sólo un Armog, a la distancia, nos obsequió con un rugido poco tranquilizador, que consiguió el milagro de poner los cabellos de Grot absolutamente rígidos.

-Que... ¿que es eso? -susurró Grot.

-Oh... un Armog. Nada peligroso, si uno los sabe manejar. -
Contesté displicente-
-Pues espero que lo manejes óptimamente.
-¿Estás loco? ¡No me acercaría a un bicho de esos por todos los
dins del espacio!
-Ojalá que él tenga la misma opinión a nuestro respecto.
-Lo dudo. En esa cabezota de catorce kilos no entran siquiera
intuiciones. Si nos ve, puedes olvidarte de tus documentos.
-Ajá. ¿Faltaría mucho?
-Lo suficiente -le contesté, aunque sabía que ya habíamos
recorrido casi todo el camino-
Una hora más tarde -fueron en total, seis horas de camino- la
construcción pre Conflicto apareció delante nuestro. No era gran
cosa, comparado con las ruinas de los rascacielos de Nueva York.
Evidentemente, gran parte de la misma estaba bajo tierra. En el
medio de un pequeño claro, un único edificio se elevaba unos
veinticinco metros. Confiados, nos dirigimos hacia la puerta
metálica -la única abertura- que se hallaba directamente frente a
nosotros.
-Hasta ahora parece fácil -dijo Grot-
-No se muevan -dijo no se quién-
-¡Uf! -dije yo- Grot: ¿si probaras a cerrar esa dulce boquita?
-Volvemos a vernos, Yan.
-Parece inevitable, ¿no? -Dije, volviéndome- te aseguro que no es mi
intención, Xic.
-Ay, Yan. Me molestará realmente disolver tu inteligente cabeza.
-Por supuesto. -comenté, un segundo antes de empezar a temblar-
-No tengas miedo, Yan. -Intervino Grot- puedo destrozar a esa
gallina venusina antes de que se de cuenta siquiera.

-Yan. -advirtió Xic amablemente- ¿podrías informarle a nuestro
querido elefante de feria que ambos se encuentran celosamente
custodiados por treinta o treinta y cinco mutantes Lupos?
-Por favor, Grot. Calma. No muevas ni un solo pelo -me apresuré
a decir, en tanto me curvaba debido a un súbito malestar en la
boca del estómago-
-¿Y qué son esos Lupos? -Preguntó el idiota-
-Ejem. -carraspeó Xic- Los Lupos son, como su nombre lo indica,
seres lobos. Lupo, que obviamente es una palabra procedente de una
lengua arcaica llamada latín, que se hablaba hace aproximadamente
cuarenta siglos en una amplia zona del entonces continente
europeo.....
Y así siguió por un rato largo. Personalmente, las personas
pedantes me resultan absolutamente insoportables. Sobre todo
cuando pretenden acaparar la atención de los demás. Y no es que
uno no sepa tanto como ellos, en absoluto. Lo que ocurre es que
uno tiene un cierto sentido de la modestia que...
-Yan, idiota, ¡despierta de una vez!
-Eh? ¿Qué?- contesté inteligentemente-
-Que estos bichos son bastante feos. -Me informó Grot-
Por supuesto que yo ya lo sabía. En realidad los Lupos son más que
feos. Sus colmillos de casi diez centímetros cuelgan fuera de los
labios, bastante gruesos, y chorrean constantemente una baba
amarilla que recuerda levemente los escupitajos de los tuberculosos.
Sin embargo, nadie puede negar que el color de la baba está
perfectamente a tono con los ojos, amarillos y rasgados.
En ese preciso instante los Lupos nos observaban con expresión
hambrienta, y por lo tanto decidí hacer uso de uno de mis
múltiples recursos salvadores.

Evidentemente, solamente Xic podría sacarnos de este lío, y yo estaba seguro de que a él le interesaría conservarnos vivos. Por lo tanto, me dirigí a él:

-Xic, si quieres que negociemos, aleja a los bichos éstos. Me ponen nervioso.

-Idiota. -contestó Grot- Xic se acaba de ir.

-Evidentemente, la negociación no le interesa mucho.

-Qué vamos a hacer, Yan?

-Escapar, claro. -dijo, y pensé: y lo más rápido posible-

-¿Cómo?

-¿Tengo cara de mago oriental? ¿Yo que sé?

-URRGGAJ! -Dijo el que parecía el jefe de los Lupos, mientras me colocaba un excelente puñetazo en el bajo vientre-

-¿Qué pasó? ¿Qué dijo? ¿Te lastimó? -preguntó Grot-

-Me pegó. URRGAJ. Si. -Contesté ordenadamente, agregando:

- ¡Imbécil!

-¿Quien? ¿Yo? -dijo Grot, levantando su puño derecho-

-No, no.-afirmé apresuradamente- El.

-Ah, ¿si? -dijo el jefe de los Lupos- Entonces, URRGAJ. -y me pegó de nuevo-

Desde el suelo, observé al lupo con un asombro bastante dolorido.

-¿Cuando aprendió a hablar? -le pregunté-

-El año pasado. Y se olvidó de decir Alteza. -me contestó dignamente-

-¿Quién le enseñó? -pregunté, y agregué al verlo decidido a repetir su desagradable y doloroso sonido gutural- ¿Alteza?

-Xic.

-Ah. Ahora entiendo. -dije.-

-Yo no. -dijo Grot.

-No me extraña. -comenté-

-A mí tampoco -dijo el Lupo-

-¿Me están llamando estúpido? -dijo Grot-

-Si. -contestamos ambos-

-Cedo ante la fuerza, entonces. -Se resignó Grot-

Mientras hablábamos tan creativamente, yo había madurado un hábil plan de acción.

-Alteza. ¿Qué van a hacer con nosotros? -Pregunté sutilmente-

-Comerlos, claro. - contestó sorprendido el Lupo, ante mañana estupidez-

-¿No podríamos arreglar esto de otra manera?-dijo Grot-

-Depende...-dudó el lupo -si quisieran hacerme un favorcito....

-Diga nomás, para eso están los amigos, caramba. -Insté yo desesperadamente-

-No se....-dudaba su Alteza, cada vez más nervioso- Realmente, apenas los conozco.....

-¿Será maricón? -Me susurró Grot-

-No creo, con esos dientes.... -le dije, también susurrando-

-Te advierto que yo no le hago ese tipo de favores a nadie -anticipó Grot-

-¿Ni siquiera para salvar nuestras vidas?

-Si fuera para salvar la mía, todavía, pero la tuya...

-Desagradecido. ¿Cómo hubieras llegado aquí si no fuera por mí?

-¡Como si hubiera algo para agradecer!

A todo esto, el lupo ya se había decidido:

-Bueno, en realidad, como ustedes parecen buenas personas... yo tengo una hija, ¿saben? Ya está crecida y no se puede casar. Claro, es un poco feúcha. Nada del otro mundo, no vayan a creer, pero, mi pueblo necesita nueva sangre, la incorporación de una raza fuerte, por ese asunto de los genes, bah, ustedes me entienden...

-Ah, no. Preferiría que fuera maricón -dijo Grot-

-Perdón ¿cómo dijo?-preguntó el jefe-
-Dijo que estará encantado de casarse con su hija -afirmé veloz-
-¡Hijo de puta! -dijo Grot-
-Todo arreglado, entonces.-dije yo, triunfante-
-Vamos para la aldea.-ordenó Su Alteza-
-¡Yo no me caso con nadie!-gritó Grot-
-Si no se casa, va a la parrilla.-amonestó el jefe-
-Pero, ¿porqué no él?-me señaló mi buen amigo-
-A mí me da lo mismo. -Dijo el jefe-
-Escuche, jefe -comencé a transpirar- él es el más grande, ¿cierto? Más fuerte, mucho más bonito, piense en los nietos poderosos que va a tener... ¡Ay!
Grot acababa de retorcerme el meñique izquierdo-
-Ni una palabra más. -ordenó el jefe- que mi hija decida.
-¡Cerdo traidor! -Acusé - ¿ésta es manera de comportarse con un amigo?
-Con un amigo, no -dijo Grot, contento-
Y se fue detrás del jefe.
“Confíe uno en la gente” pensé yo. Y los seguí.
La villa de chozas de barro donde vivían los Lupos era relativamente pequeña: no más de treinta o cuarenta casuchas en medio de un gran claro, como era lo normal en las aldeas indígenas del pasado.
Mientras entrábamos al gran vacío que existía en el medio de la aldea, Grot y yo esquivábamos como podíamos los mordiscones al pasar que nos arrojaban las damiselas Lupos, evidentemente con deseos violentos de probar carne bien fresca.
Convenientemente custodiados, el jefe Lupo nos invitó a entrar en su vivienda:
-Pasen, pasen. Hagan de cuenta que están en su casa.

-¿Le parece? -dijo Grot- Yo a esta hora siempre acostumbro dar una vueltita. Hasta luego...
-¡Agárrenlo! -Ordenó el jefe.-
-No, no. Era una bromita.-se apresuró a explicar Grot al ver a cuatro o cinco Lupos abalanzándose con los dientes preparados.
-Esas bromitas pueden salirle caras; mis hombres muerden en los lugares más dolorosos.
-¿Qué hombres? -pregunté yo- y ¿podría dejar de hacerse el cowboy?
-¿Qué es cowboy? -preguntó intrigado el jefe-
-Nada.-contesté- ¿y su hija?
-Ya viene. Y, ¿sabe? En realidad no es mi hija. La adopté hace mucho tiempo.
-Ah!-dije yo-
-¡Ahhhhhhh!-dijo Grot, que siempre fue mucho más expresivo-
Porque acababa de entrar la hija del jefe. E inmediatamente dejamos de prestar atención a lo que el Lupo decía. Porque a mí nunca me gustaron las rubias escandinavas, pero, caramba, esta era otra cosa. Una belleza escapada del Centro Mundial, una diosa vikinga, una...
Inmediatamente me preparé para efectuar mi discurso de aceptación para el casamiento comenzando con frases como: “Me siento muy honrado por ser el elegido para...” y cosas por el estilo, cuando percibí que Grot había sido más rápido. Ya estaba de manos dadas con la nínfula, y sonreía al jefe mientras de costadito ojeaba las curvas de la niña, que, debo decir en honor a la verdad, lo miraba con un cierto dejo de repugnancia.
-¿Cómo te llamas, muñeca? -preguntó Grot en un perfecto estilo Humprey Bogart en su recientemente recobrado filme “La reina africana”
-¿Grumpf? -preguntó ella, evidentemente confusa-

-Este...olvidé comentarles algo...-dijo el jefe, turbado-
-Diga, papá, diga.-animó Grot.-
Admirable el poder de adaptación de este paquidermo.-pensé yo-
-Mi hija...no sabe hablar.-concluyó el jefe, avergonzado -Pero puedo enseñarle. Yo les aseguro que en un mes estará hablando como ninguno y....
-¡No! ¡No! No se preocupe. -atajó Grot, desesperado- a mí me encanta así.
-Pero si aprende a hablar será una real compañera para usted. Conversará con usted por las noches, lo despertará por la mañana con dulces frases, amenizará sus comidas, cantará mientras usted trabaja, le indicará los animales que usted debe cazar para su despensa...
-Eso, eso -dije yo, malévolo- y podrá informarlo de qué color quiere la piel de tigre para su vestido, y...
Y me interrumpí porque Grot estaba a punto de descargar su manaza sobre mi endeble cuello.
-No, no, papá. A mí me gusta así. -afirmó Grot, decidido-
-Bueno, hombre, no vamos a discutir por eso.-concilió el jefe-
-¡¡¡Gromo tet mop pamoff akitcufir rop queso!!! -aulló la novia, que evidentemente algo había entendido-
-Bueno, hija, hay que tomar las cosas con tranquilidad, caramba... -dijo el jefe mientras retrocedía con sus manos al frente para protegerse de las filosas uñas de la nínfula, la belleza, la diosa vikinga-.
-Bueno, calma, no es una cuestión como para enojarse -terció Grot, tomando a la dulce niña de un brazo-
-¡URRGHAI! -Aulló ella, extrañamente parecida en ese momento con su padre adoptivo, y asestó a Grot un hermoso arañazo en su cara de caballo dormido-

-¡AAAAYYY! -Gritó Grot, retrocediendo-
-Pero, hija, a tu futuro esposo... -intentó decir el jefe, antes de que una mirada asesina lo redujera a un humillante pero prudente silencio-
Y yo no dije nada porque estaba en el suelo a las carcajadas. Cuando conseguí calmarme, me dirigí a mi buen amigo:
-Realmente, Grot, quiero ser el primero en presentarte mis felicitaciones....
Y me quedé paralizado. Porque la nínfula, la diosa vikinga, me estaba mirando con lo que podría ser entre los Lupos la mirada más dulce y tierna que -ellos- podrían imaginar. Fue allí que me prometí a mí mismo no despreciar nunca más a las rubias escandinavas, que pueden ser insoportables pero por lo menos se cortan las uñas regularmente.
Dicho y hecho. La hija adoptiva se me acercó y comenzó a pasar sus delicadas, sucias y filosas manos por mi cara, mientras murmuraba palabras tiernas que sonaban algo así como:
-Grumpf, afungruagr, corlenatnex...
Grot, agarrándose cuidadosamente su mejilla herida, miró el cuadro sin comprender, hasta que de pronto una lucecita maliciosa iluminó sus ojillos de puerco.
-Jefe, -dijo Grot hipócritamente compungido- infelizmente para mí, creo que su hija ya ha elegido.
-Así parece, -confirmó el jefe, alegre por haberse evitado los arañazos-
-No, no, un momento, -supliqué- hay una confusión...
Y nuevamente cerré mi boquita cuando percibí que los dulces ojos de mi futura esposa adquirirían un brillo amenazador. Miré a Grot y le dije amigablemente:
-Asqueroso gusano de las tierras rojas...

-Un momento, Yan. Yo no hago más que cumplir con mi deber -me interrumpió-

-Ah! ¿Qué deber?

-No perder mi guía.

-No entiendo.

-Si yo me casara con esta hermosa señorita, no me cabe la menor duda de que tú desaparecerías en la primera ocasión.

-A mí tampoco.

-Exacto. Pero si tú te casas con la señorita...

Inteligente Grot. Yo tendría que escaparme. Pero evidentemente al ser yo el casado, necesitaría de su ayuda para la huída, ya que yo sería el más vigilado. Así, él se aseguraba que no le abandonaría.-

”Cría armogs y luego te devorarán“, pensé, recordando viejos proverbios que Targu me había enseñado. A disgusto, le hice un guiño cómplice, por las dudas de que se sintiera excesivamente confiado en sus fuerzas y decidiera partir solo.

-Bueno. Todo arreglado. -dijo el jefe, con aire satisfecho-

-Ajá.-dijo Grot-

-Brumpf -dijo mi novia-

-Estee... -dije yo, y no se me ocurrió más nada-

-Mañana será la ceremonia. -indicó el jefe- por el momento ustedes permanecerán custodiados. Por supuesto, no es que crea que van a escaparse, pero no quisiera que nada les ocurra, ¿saben? Especialmente a usted. -dijo, señalándome con su canino derecho-

-Por supuesto. -Concordamos a coro Grot y yo-

-Bien. Por esta noche dormirán en mi palacio. Pero no se acostumbren, -advirtió señalando la choza de tres metros por tres-

este lujo no lo tendrán todos los días.

-No sabe cuánto le agradecemos-sonrió Grot, inclinándose-

-No hay porqué. Buenas noches.-dijo el jefe, y salió con su hija, dejando en la puerta a dos jóvenes Lupos de grandes colmillos y ojos muy, pero muy amarillos.

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntó Grot cuando quedamos solos-

-No te preocupes, -contesté- tengo un plan.

-Ay. Por eso me preocupo.

-Bueno, si quieres quedarte y casarte con la belleza nórdica...

-¡No! Te acompaño. Escucha, Yan. ¿De dónde la habrán sacado?

-Bueno, -comencé a informar- no es difícil imaginarlo. Tal vez un turbo que cayó en la zona, ya que hace algunos años se hicieron mediciones de radioactividad, y... ¡Pero porqué carajo estamos perdiendo tiempo en esto!

-¡Es que es tan linda!

Miré a Grot, asombrado. La última vez que lo había escuchado decir eso, -y creo que la única- fue en el museo de exposición de la fauna de zonas rojas delante de una araña mutante de un metro y treinta centímetros de largo.

-Si te quieres quedar...-sugerí irónico-

-No seas idiota, Yan, me necesitas para escaparte.

La realidad. La maldita realidad... Sería tan feliz si no existiese...

-Si, es cierto.-concordé-

-¿Cuál es el plan?

-Bueno. Cuando todos estén durmiendo, voy a llamar adentro a esos Lupos que están de guardia, y tú los agarras y les golpeas las cabezas. Y...

-¿Estás loco? ¿Porqué nos lo agarras tú?

-Bueno, eres el más fuerte...

-Y también el más cuerdo. Eso no sirve.

Ofendido, me retiré a un rincón. Evidentemente, no se puede contar con la colaboración de ciertas personas egoístas que sólo piensan en

sí mismas. Después de un rato de silencio, pensé que un cigarrillo me vendría bien,

-Hey, Grot. ¿Tienes un cigarrillo?

-Sí.

Encendí el cigarrillo y seguí pensando. Al rato, uno de los Lupos asomó su cabeza por la abertura-puerta de la choza y me miró detenidamente. Tomó a su compañero del brazo y me señaló. Ambos se quedaron mirándome intrigados.

-¿Y a esos qué les pasa? -preguntó Grot-

-No sé. -Contesté - Mientras no tengan hambre...

-No, no. Miran el cigarrillo, Yan.

-¿Te parece?-dije, dubitante-

Decidido a hacer buenas migas, les ofrecí el cilindro del que sólo quedaban unos centímetros.

-¿Ves? Era eso. -dijo Grot, mientras los Lupos se pasaban el cigarrillo uno a otro entusiasmados, lo terminaban y exigían más.-

-Dales otro, Grot.-dije.

-Ah, no. Si me voy a pasar acá el resto de mi vida, por lo menos quiero poder fumarme todos mis cigarros.-Se negó Grot-

-¡Idiota! Dales otro. -ordené, al ver que los Lupos se ponían impacientes -

-Uf. Tá bien.

Uno tras otro, los cigarrillos de Grot fueron desapareciendo. Curiosamente los Lupos parecían excitarse a medida que fumaban, hasta que al terminar el último uno de ellos cayó al suelo en medio de lo que parecía una borrachera inolvidable. El otro lo miró, y se volvió hacia nosotros con lo que podría llamarse una sonrisa tonta, si no estuviera ligeramente afeada por los ya mencionados colmillos, y se deslizó suavemente al lado de su compañero.

-¿Y a éstos que les pasó? -Preguntó Grot-

-¿Y yo qué se?-contesté- evidentemente no están acostumbrados a fumar-

-Pero parecen borrachos.

-Cuestión de metabolismo, mi querido. ¿Qué esperamos? Usted primero -invité a Grot desde la puerta-

-Nunca pensé que fueras un caballero.

-No soy. Puede haber otros afuera.

-Debí imaginarme.-gruñó Grot- ¿Y ahora?

-A buscar las Unimot. Tal vez podamos reparar el tanque de la tuya y con suerte aguantará hasta el retroturbo, si le ponemos un poco de mi combustible. -contesté susurrando mientras nos alejábamos del claro.

-Ni pensarlo.-atajó Grot -primero al Centro Mundial.

-Ya pasa de monotemático. No puedo creer que seas tan idiota como para seguir arriesgando la vida por unos papeles. -dije, y me interrumpí- Bueno, depende qué tipo de papeles. Y la cantidad.

-Seiscientos papeles. De mil.

-¿Seiscientos mil Dins? ¡Hijo de puta! ¿Y me querías arreglar con sesenta? Quiero por lo menos la mitad. -dije, sintiéndome estafado-

-Cien mil.

-Doscientos cincuenta.

-Ciento treinta y es lo último.

-Vamos, Grot, somos amigos, no vamos a pelear por dinero.

-Si. Definitivamente, si.

-Doscientos.

-Ciento ochenta, Yan. O nada.

-Ja. ¿Y cómo vas a salir de aquí?

-Exactamente igual que tú. No te olvides que la tarjeta de contacto del turbo tiene mis indicaciones bio-antropomórficas. No funcionará sin mí.

-Podría matarte y...
-Llevar mis ciento y cincuenta y cinco kilos cuatrocientos kilómetros.
-Ah...está bien. Ciento noventa.
-Ciento ochenta. Ni un din más. Y a propósito, Yan. ¿Cómo harías para matarme?
Miré la mole compacta que me observaba divertida. Comparé con ella mi cuerpo y decidí que yo debía pesar cerca de sesenta kilos menos.
-Olvidémoslo. -Sugerí, conciliador-
-Sí. -Dijo Grot, magnánimo- será mejor.
En medio de la amigable charla, nos habíamos acercado bastante al Centro Mundial.
La puerta permanecía tal como la habíamos visto la primera vez. Cerrada.
-¿Cómo haremos para entrar?-pregunté -
-No sé. Encontraremos alguna manera. - respondió Grot-
-¡Pedazo de animal! ¡Hijo de un lagarto marciano! ¿Quiere decir que vinimos hasta acá y no sabes si podremos entrar o no?
-Todo tiene solución, Yan. - dijo Grot acercándose a la puerta-
Y la puerta se abrió.
-¿No te dije? -Grot me miró triunfante, mientras penetraba por la abertura-
-Hey, Grot, espera, esto no me gusta nada, -dije, siguiéndolo para detenerlo-
Y la puerta se cerró. A mis espaldas, claro.
-Estamos encerrados, Grot.
-Parece.
-¿Eso es lo que se te ocurre decir?

-También puedo decir: ¡Qué cagada! ¿Te parece que eso abrirá la puerta?
Ante una lógica tan contundente, opté por callarme y comenzar a caminar por el corredor que evidentemente se hundía en la tierra.
-¿Qué habrá arriba? -Preguntó Grot-
-No sé. Pero si esos papeles existen, deben estar bien guardados. Abajo.
-Es probable.
Cautelosamente, nos internamos por los corredores del Centro. A pesar de su exterior de apariencia cúbica, su disposición interna era totalmente cilíndrica, vaya uno a saber porqué.
En cada puerta, nos deteníamos y Grot inspeccionaba la habitación que se encontraba detrás de la misma terminando con un desconsolado:
-Nada. Archivos anteriores a las expediciones Venus.
-Pero, escucha, Grot. Esos archivos deben ser muy importantes.
-¿Conoces algo más importante que seiscientos mil dins?
-Absolutamente, no. -Concordé.
-Sigamos buscando, entonces.
Por fin, llegamos a lo que parecía el fin del corredor. Nos detuvimos a diez metros de la puerta que se hallaba en la pared a nuestra frente.
-Deben estar ahí, Grot.
-Si no están, que la Galaxia se los lleve. -dijo Grot, tan harto como yo.-
-Sí. A Venus. Que se los lleve a Venus. -Dijo Xic, apareciendo a través de la puerta cerrada.
-Ay, dios. ¡Otra vez! -Dije yo-
-Estos venusinos no tienen vergüenza -dijo Grot, abalanzándose sobre Xic, y rebotando en un campo magnético tres metros antes.-

-Pero tenemos técnicas muy evolucionadas -afirmó Xic, convencido-

-Evidentemente.-concordó mi amigo desde el suelo- y dolorosas.

-¡Ahhh! Esa es nuestra especialidad. -sonrió Xic- Pero no es que seamos crueles, no vayan a creer. Es que con ustedes, terráqueos, la única manera de hacerles entender ciertas cosas es por medio de la violencia.

-¿Te parece? -dije yo- ¿quién es el que está amenazando desde el comienzo con disolver mi cabeza?

-Eso no es violencia -contestó Xic- es lo menos que los venusinos podemos hacer como demostración de buena voluntad hacia la tierra.

-Gracias. -Gruñí-

-De nada. Y ahora, síganme, por favor.- dijo Xic, atravesando nuevamente la puerta cerrada.

Solos en el corredor, Grot y yo nos miramos.

-¿Cómo lo harán? -Dijo Grot-

-Es una de mis mayores intrigas. -Contesté- ¿Lo seguimos?

-¿Y qué otra cosa?

-Ehhh... usted primero-invité-

-¡Ah, no! Ese chiste ya es viejo. -se negó Grot. Y tomándome por el cuello, abrió la puerta y me arrojó adentro.

Y por supuesto, allí estaba Xic.

-Les aconsejo, -dijo cuando nos vio entrar tan suavemente- que penetren rápidamente dentro de mi campo magnético. Esto va a volar en... digamos... unos ocho segundos.

Creo que jamás Grot y yo completamos tan rápidamente una zambullida tan perfecta. Lo cierto es que inclusive nos sobraron seis segundos para observar como Xic ampliaba su campo para protegernos y después fue el infierno. El edificio se vaporizó literalmente en infinita cantidad de colores y tonalidades, hasta que

nos encontramos en el centro exacto de un gran pozo de veinticinco metros de diámetro y quince de profundidad. Todo lo que quedaba del Centro Mundial.

Grot miró a su alrededor. Sacudió su gran cabeza y después la volvió hacia Xic.

-¡Criminal! ¡Delincuente! ¡Venusino! ¡Veinte siglos de historia! ¡Te mato!

-¡Un momento! -Interrumpió Xic- No es cierto que te preocupen los veinte siglos de Historia. Lo único que te preocupa es el dinero. ¿No es verdad?

-¡Es lo mismo! -Dijimos a coro Grot y yo-

-No, no. Si fuera ese el motivo, la historia, entendería que me matasen por altruismo, pero... ¡por dinero! Hay tanto por ahí...

-No lo tenemos nosotros. -dijo Grot, teniendo sus manazas hacia el cuello de Xic.-

-Pero podrían... -contestó el venusino mientras se elevaba en el aire, fuera del alcance de Grot, hasta el borde del pozo-

Grot quedó estupefacto abrazando el vacío. Yo observaba a Xic que me miraba sonriente desde quince metros de altura.

-¿También un dispositivo anti-gravedad? -pregunté, incrédulo-

Ustedes ni se imaginan hasta dónde hemos llegado. -contestó Xic.- pero podrían saberlo.

-¡Mis seiscientos mil dins! -lloriqueaba Grot-

-Si yo fuera tu me preocuparía por tu vida. -dijo Xic- ¿Que piensas que van a hacerte cuando vuelvas sin los papeles?

-¡Pato maldito! ¡Cuando salga de aquí! -Amenazó Grot-

-Te pescarán los Lupos. -Indicó Xic-

-Xic, -dije yo- no nos dejarás aquí adentro, ¿verdad?

-Depende, -dijo el venusino, displicente- si continúan con sus tendencias agresivas...

-No, no, en realidad somos buenos muchachos. -afirmé, pateando a Grot en la espalda para que dejara de protestar-

-Eso pensé. Por eso los salvé. Vengan aquí. Me duele el cuello de mirar para abajo.

Y nos elevó en el aire, apuntando hacia nosotros un pequeño artefacto. Al descender a su lado, Grot lo miró con una semi sonrisa asesina y dijo:

-¿Y si te mato ahora?

Xic lo miró con aire cansado:

-La falta de imaginación de ustedes me abruma. Si me matan ahora quedarán a merced de esos hermosos animalitos de los que escaparon.

-Podemos tomar las Unimot y escapar. -contradije-

-Ya las vaporicé. -contradijo a su vez Xic, sonriente- y para evitar en lo sucesivo estos temas desagradables, les diré que lo hice porque quería salvarlos, ya que mi idea es que vengan conmigo a Venus. Tengo mi nave a poca distancia. ¡Ah! Y si de nuevo se les ocurre matarme y escapar en la nave, les advierto que de todas maneras no sabrían manejarla. Y suponiendo que supieran, cosa que dudo, ya que la inteligencia terrestre no es de las mejores, no tendrían adónde ir, puesto que la Tierra no perdona errores, y ustedes cometieron uno gravísimo. ¿Estamos de acuerdo?

-Si.

-Si.

-Eso pensé. ¿Vamos?

Nuevamente nos elevamos, y luego de un breve trayecto aéreo descendimos al lado de la nave de Xic. Debo confesar que era realmente una belleza.

-Caballeros, -dijo Xic- la nave es suya.

Y desapareció nuevamente por la puerta cerrada.

-Esto ya me está cansando. -Dije yo, luchando con la traba manual-

-Son cosas de venusinos. -afirmó Grot, sin hacer el menor esfuerzo por ayudarme.-

Al fin, entramos. Después de quince minutos de búsqueda, hallamos la sala de control, donde Xic nos esperaba impaciente.

-¡Por fin! ¿Dónde estuvieron?

No nos dignamos responder, optando por sentarnos en los butacones reservados a la tripulación.

-Este...sólo por preguntar: ¿cómo es el clima de Venus?

-¡Ahhh! Ideal. -Contestó Xic- Totalmente diferente del clima destemplado de este planeta. Sesenta grados como promedio, permanente humedad...

-Yo me bajo. -dijo Grot, irguiéndose-

-¿Para ir adónde? -pregunté, señalando por el visor lateral una horda de Lupos furiosos que se acercaban a la nave-

-Pero al final, ¿por qué nosotros tenemos que ir a Venus? -Preguntó Grot exasperado-

-Necesitamos que los terráqueos sepan lo que estamos haciendo allí. Realmente, a nosotros no nos importa tener el dominio absoluto de las estrellas. Pero no queremos ser una colonia terrestre otra vez. Aprendimos mucho en estos años de soledad, y queremos que ustedes aprendan. Aunque no se si podrán... -agregó, despectivo, mientras manipulaba los controles haciendo despegar la nave - Sin embargo, en el espacio hay de sobra para todos. Inclusive riquezas, Grot.

-Ah, bueno. Si es así...-se conformó Grot, reclinándose en su butaca. Xic suspiró, dejó caer los hombros y lo miró moviendo su oscura cabeza de un lado a otro.

-Realmente, ustedes los terrestres son tan extraños....

-Xic, -dije yo -una última pregunta...

-Si, Yan. ¿Cuál es?

-Me gustaría saber... quiero decir... me intriga cómo hacen ustedes para atravesar las puertas cerradas. Claro, con su tecnología... es una cuestión de disolución molecular, ¿verdad?

-No. Hipnotismo. -contestó Xic, mientras se dedicaba a sus controles-

Y agregó, mirándome socarronamente:

-En general, lo hacemos para divertirnos. Claro que a veces es útil, para impresionar a las especies aborígenes más atrasadas....

-Ah. -Contesté, adoptando un tono indiferente, y me recliné en mi asiento mirando fijamente al techo de la nave.

Evidentemente, el viaje iba a ser muy, muy largo.

.....

-Te dije que ese imbécil de Grot iba a arruinar todo! -Exclamó el hombre bajo-

-No sabemos lo que pasó todavía, tranquilízate. -Contestó el hombre delgado y alto que se reclinaba en un mullido sillón-

-¿No sabemos? ¡Ja! ¿Una explosión de mini atómica en la zona del Centro Mundial y no sabemos? Ese idiota empleado tuyo apretó el botón que no debía. Podemos decirle adiós a todos los documentos, a Venus, y a la Turanita.

-Siempre hay otras maneras. Después de todo, ¿para qué necesitamos documentos? ¿Acaso no sabemos fehacientemente que Venus fue una colonia de la Tierra? Con eso debería alcanzarnos.

-No creo que les alcance a los venusinos. -Insistió el hombre bajo-

-No seas estúpido. ¿Piensas que con los papeles en la mano sería suficiente ir y decirles: vean, ustedes son propiedad nuestra, de manera que, a entregar todo, rapidito y sin protestas? A veces no comprendo como llegaste tan arriba en la Instrumentación. Los papeles no eran para convencer a los venusinos, sino a nuestra propia gente. No es lo mismo una guerra justa que una injusta, ¿verdad?

-¿Siempre pensaste que debería haber guerra?

-Por supuesto. Nadie cede lo que cree propio sin pelea, por más documentos que le presentes. Pero, con la documentación adecuada hubiéramos evitado toda la parafernalia de los Pacifistas, de los Integradores y de los PM*, acusándonos de imperialistas, prepotentes, belicistas y todas esas estupideces. O por lo menos, aunque ellos protestaran igual, tendríamos mejores argumentos para que el pueblo nos apoyara.

-¿Y ahora?

- Ahora deberemos gastar más dinero en una campaña para demostrar que los venusinos intentan apoderarse de toda la Galaxia, incluida, claro, la Tierra, y reducirnos a la condición de esclavos sometidos, mientras ellos disfrutan de nuestra legítima herencia.

- ¡Si! ¡No podemos permitirles que logren ese objetivo infame!

El hombre alto miró sorprendido a su interlocutor, intentando descubrir en su tono la esperada ironía. Al no encontrarla, meneó compasivamente la cabeza. Nunca entendería cómo hasta los más elevados niveles de la Instrumentación podían neutralizar tan absolutamente el razonamiento en cuanto se los motivaba con unas cuantas frases huecas. Probablemente disfrutar de tantos placeres y privilegios disminuía su sentido de la verdad hasta convertirlo en un punto casi inexistente en algún recóndito lugar de su cerebro. Suspiró y se encogió levemente de hombros. De todas formas, ése no

era su problema y, después de todo ¿qué relación tenía la verdad con la justicia?

Ambos personajes del más elevado nivel gubernamental terrestre continuaron elaborando la estrategia a seguir. Dos horas más tarde, ingresó al salón una docena de funcionarios de segunda línea, que atentamente escucharon, tomaron nota, sugirieron alternativas, recibieron órdenes, y partieron hacia el debido cumplimiento de sus misiones respectivas.

En la oficina, la luz exterior había menguado hasta hacer necesario encender las pantallas biolumínicas. El hombre bajo se acercó a un aparador antiquísimo, de verdadera madera. Y extrajo de su interior una botella de líquido color ámbar.

- ¿Un trago de verdadero whisky? -Ofreció, orgulloso- Quedan doscientas botellas en todo el mundo. Y todas están en esta casa.

-Con gusto, Señor Presidente - contestó el alto - Pero no podemos excedernos. Tienes una recepción en una hora. Con los venusinos.

El hombre bajo, Presidente de la IGT (Instrumentación General Terrestre), sirvió dos pequeñas copas, mientras observaba de reojo a su secretario privado, casi sin poder disimular su disgusto. No podía dejar de pensar que en ocasiones éste se excedía en sus atribuciones. ¡Controlarle el whisky! ¡Lo único que faltaba!

** Nota del Editor: "PM" (Pato es Mejor) Grupo que propugnaba la modificación genética de la población terrestre para asimilarla a las características venusinas, afirmando que, en realidad, Venus era el Planeta de Origen Ancestral y La Tierra su colonia, siendo en verdad la especie humana terrestre una degeneración decadente y repudiada por "Dios". (Se ignora el real significado de esta última expresión)*

El Gato y el Elefante

Llevaba yo al gato y al elefante por la calle Esmeralda, allá donde se cruza con Santa Fe a las 7 de la tarde (se cruza durante las 24 horas, por supuesto, pero eran las 7) y se nos ocurrió -no a mí, al gato- entrar al bazar "Lo Que Quieras", que queda ahí nomás doblando la esquina, que se puede doblar fácil desde la glasnost, porque como en el primer piso estuvo siempre Aeroflot, antes estaba un tanto dura.

Con el gato en mi hombro derecho -que es donde le gusta estar desde que dejé de llamarlo gato y le puse Chess, inspirado en su media sonrisa permanente-, y el elefante que no tiene nombre que le cuadre, ingresamos orondos al susodicho negocio, atendido por señorita atildada y reidora estilo Barrio Norte, con vocabulario ad hoc del tipo ¿viste?, ¿te cabe? y ¡no te puedo creer!.

Que fue precisamente lo primero que dijo al vernos, lo que motivó al gato (Chess) que, como no es tonto y la señorita tenía una buena delantera, de inmediato abandonó mi hombro y se arrojó a sus brazos, mientras el elefante se observaba cuidadosamente en unos espejos florentinos (falsos) ubicados contra la pared izquierda. La niña repitió "¡no te puedo creer!" dos o tres veces más, y luego mirando soñadoramente el vacío a su frente logró agregar: "yo tuve uno igual".

-Estos gatos son muy comunes -informé displicente, sin mosquearme por la mirada despreciativa de Chess, que me relojeó sin desprender sus uñas de los pechos de la señorita, que no parecía incómoda.

-Me refiero al elefante, el gato es único -corrigió ella sin dirigir la vista hacia mi persona-

-No me diga! ¿También era marrón?

-Todos los elefantes africanos son marrones -contestó- ¿El suyo sabe leer?

-Nunca le pregunté..

Mientras dialogábamos, Chess decidió soltar su presa y obtener algo de atención deslizándose raudo entre unos jarrones picudos de cristal de Murano (falsos) que descansaban sobre una mesita laqueada (horrible) de tres patas.

-Chess, no rompas nada...-rogué, pensando en los escasos saldos de mi castigada tarjeta de crédito-

-No se preocupe, los elefantes son muy cuidadosos. ¿Nunca oyó el cuento del elefante en un bazar? -se asombró la señorita-

-Le hablaba al gato -aclaré- y el dicho del elefante en un bazar significa que el elefante entra y rompe todo. Creo.

-¡Ah! pero no es así. ¡Tenga cuidado con ese gato!

Aburrido de ser ignorado, y manteniendo su semi sonrisa a duras penas, Chess se dedicaba a afilar sus garras en el respaldo de un chaise-longue lila, (trucho) mientras la señorita se dirigía suavemente a mi elefante y le preguntaba:

-¿Qué te gustaría leer?

Mi elefante la observó de abajo arriba con los ojos desorbitados (siempre los tiene así) y la trompa lánguida. Desde los espejos florentinos, efectuó dos pasos de danza y sorteando a la señorita se acercó a mí como pidiendo auxilio.

Respaldándose en un armario veneciano (falso) a mis espaldas y colocando la trompa temblorosa alrededor de mi cuello, mi elefante susurró:

-¿Qué le pasa a esta loca? Los elefantes no leemos. Además acá no hay un solo libro, esto es un bazar.

-No te preocupes -lo tranquilicé- debe ser el calor...

-Qué calor ni que cuatro octavos! Su elefante es un maleducado! -se indignó la señorita-

-Es ocho cuartos. No es mi elefante.

-Vino con usted. Acá no hay ni un cuarto, mucho menos ocho.

-Yo vine con él. El dicho es ocho cuartos.

-Es lo mismo. El no ha dicho nada de cuartos. Dijo que estoy loca.

-Para usted. Para él no. Le hablo de que el dicho dice ocho cuartos.

-¿Qué dijo que quién ha dicho? Yo lo escuché clarito.

A esas alturas, Chess casi conseguía extender su semi sonrisa a la comisura derecha, y estaba a punto de desaparecer. El elefante barritaba espantado, y con su trasero agitaba el armario, que gemía a segundos de desarticularse. Yo escondía la cara de las uñas violetas de la señorita, que agitaba dos amenazadores dedos bajo mis ventanas nasales, y una potencial clienta que entraba al bazar en ese instante huyó despavorida abandonando su cartera junto a la puerta.

Chess se puso -casi- serio de inmediato, y recordando sin duda nuestras viscisitudes financieras ensayó un salto mortal hacia la cartera, mientras mentalmente yo lo alentaba esperanzado. Casi llega a tiempo.

Fue, -sin embargo- más veloz la señorita, que aferró la cartera con la garra derecha mientras con la otra enviaba a Chess en un vuelo al lomo del elefante, donde, como corresponde, cayó parado.

Mientras la ogresa respiraba agitada pero triunfalmente, y mi ánimo decaía en forma proporcional, la recuperación de nuestras fuerzas vino inesperadamente de parte de la ex-clienta, que bruscamente abrió la puerta preguntando: ¿no me olvidé mi cartera?

Como era de esperar, la puerta impactó en la espalda de la avariciosa bruja, y la fuerza del golpe debilitó su garra obligándola a soltar el preciado bien, que surcó el aire (algo viciado ya) del bazar directamente a la boca del elefante, que la atajó como Amadeo Carrizo en sus mejores días.

-NO! ACA NO! -dijimos todos a coro, si bien a la bruja (por el golpe) y al elefante (por la cartera) no les salió muy clarito-

Luego de observarnos desconfiada, la clienta se fue a regañadientes.

-Deme la cartera -dijo la bruja-ex-señorita-

-No la tengo -dije yo-

-Yo tampoco -(semi)sonrió Chess-

-Claro que no. La tiene él -afirmó la tigresa codiciosa señalando al elefante con su dedo índice-

-Mfghedrgt -dijo el elefante, ciertamente obstaculizado por la masa de cuero-

-Es mía -mintió la espantosa mujerzuela-

-No es cierto -atajé yo, virtuoso- es de esa pobre señora que se retiró asustada por su indigno accionar. Inmediatamente nos iremos de este infecto sucucho y buscaremos a la dama para reintegrarle su posesión, que usted pretende usurparle deshonestamente.

Chess movió su cola entusiasta, mientras el elefante asentía con su cabeza, sin reparar en que la mía se encontraba inmediatamente debajo.

Desde el piso, y mientras sacudía mi testuz para aclarar un poco mis ideas, insistí:

-No le permitiremos que concrete sus fines delictuosos, malhadada mujeruca. (Siempre que me confundo retrocedo en mi castellano)

-De acá no se van -decidida, la vil se interpuso entre el elefante y la puerta-

El elefante, con la boca firmemente apretada sobre la cartera, y con la correa enredada en su colmillo derecho, me miró implorante.

Pensé que el valiente paquidermo me solicitaba autorización para pisotear sin más a la insolente, pero la voz resignada de Chess me retrotrajo a la realidad ingrata:

-Negociemos, Inodoro.

La sabiduría de Chess es proverbial en casa, aunque esta vez la haya tomado prestada de un cánido bidimensional, de manera que propuse:

-Dividimos por cuatro.

-Ni loca! -rechazó la cicatera gorgona- no me va a comparar con dos animales!

-Jamás se me ocurriría -concedí pensativo-

-No ofenda ¿quiere? -ronroneó Chess flexionando su pata para extraer sus uñas-

-Mfghedrgt -dijo el elefante, todavía obstaculizado por la masa de cuero-

-Por acá pasan! -fanfarroneó la hetaira-

-Eso no es problema -sonreí- para la derecha, elefante..

Trompeteando alegre, el elefante -con Chess todavía montado en su lomo- enfiló en derechura hacia la vidriera derecha del prostibulario comercio.

-Se abusan porque soy mujer! -sollozó la histérica derrumbándose suavemente hasta quedar arrodillada en el suelo, con abundante exhibición de muslos.

-No se haga la inocente -balbuceé- usted quería quedarse con todo...

-No, yo quería compartir, aunque mi madre enferma necesita remedios con urgencia...

Las lágrimas inundaban un cenicero de plata (falsa) primorosamente ubicado sobre un pequeño lienzo bordado al crochet en una mesa ratona con incrustaciones. Chess se bajó del lomo del elefante y se acercó despaciosamente hacia la señorita, que lo abrazó para llorar más cómodamente sobre su pequeño hombro. El elefante me miró acusador mientras me empujaba con su trompa y entreabría su boca, invitándome a tomar la cartera.

Obviamente, ante la baja moral imperante en mis tropas, tomé la cartera y se la cedí -a regañadientes- a la nínfula, que al incorporarse sonriente me regaló (por lo menos) con una visión íntima de sus ídems.

-No sé como agradecerse! -sugirió mientras se acercaba invitadora-

-Bueno, hay varias maneras....-comencé ilusionado-

Pero el elefante ya me conducía hacia la puerta, con su trompa firmemente enroscada alrededor de mi brazo. La niña tomó a Chess en sus brazos y lo restregó contra su pecho, dándole un sonoro beso en el hocico, acción que provocó en Chess la segunda sonrisa plena de su vida, por lo que inmediatamente desapareció.

Salimos con el elefante, que reía abiertamente, feliz por la buena acción realizada. Para no desilusionarlo, no le dije que por el rabillo del ojo pude ver a la niña-arpía exhibiendo una mueca irónica a través del cristal, mientras aseguraba la puerta con candado.

Comenzamos a caminar por Santa Fé hacia abajo, disfrutando el relativo fresco de la noche recién caída, y el elefante me preguntó:

-Hendrix: ¿por qué yo no tengo nombre?

-Sos demasiado pesado y autosuficiente como para que yo te ponga uno. Ya surgirá solo, no te preocupes.

Pensó un rato, y de nuevo:

-¿Nunca volveremos a ver a Chess?

-Claro que si, -lo tranquilicé, palmeándole la trompa- esperá a que le de hambre y se le borre esa sonrisa idiota de la cara.

LA MUERTE Y EL GUERRERO

Luego de una batalla ocurrida hace ya tanto tiempo que la historia no la registra, la leyenda cuenta que un guerrero, último sobreviviente de ambos ejércitos, devastado y marchito se puso a caminar sin rumbo, hastiado de su vida.

Amanecía sobre la llanura, y el sol nuevo iluminaba apenas la escasa vegetación sobreviviente del invierno. El guerrero, taciturno, se desplazaba lento y cansino y tropezó con una pequeña piedra. La observó y le dijo:

-Por qué me molestas? Con sólo un pisotón puedo hundirte en el polvo para que jamás vuelvas a sentir el calor de la mañana.

La piedra le contestó:

- No me he movido. Pero no discutamos. Llévame contigo, estoy cansada de mirar siempre el mismo paisaje.

-No te necesito -dijo el guerrero- no preciso compañía. Me molesta hablar y cargar pesos innecesarios.

-Puedo ayudarte, podrás arrojarme contra tus enemigos. No tienes porqué hablar. Sólo escucha.

-No quedan enemigos -afirmó el guerrero- y mi corazón está vacío. No tengo deseos de escuchar.

-Igual puedes llevarme. Sólo ocuparé el espacio que tu corazón dejó libre.

El guerrero levantó la piedra y siguió su camino.

Luego de una jornada larga y aburrida, el hombre detuvo su camino al borde de un estanque para comer su cena. A su lado, una pequeña planta crecía dificultosamente.

Pensando si sería buena para comer, el guerrero comenzó a tirar de su tallo.

- No tienes por qué arrancarme -dijo la planta- no podrás comerme.

-Podría si quisiera -repuso el guerrero- pero probablemente no tengas buen sabor.

- Es cierto. Pero de todas maneras hazlo. Si no te alimento hoy, tal vez llegue el día en que no seré desagradable.

-No pienso en el mañana -afirmó el guerrero- no hay mañanas importantes.

-En cambio, yo no tengo ayeres -dijo la planta- toda mi vida es producir semillas para nuevas plantas. Me da igual crecer aquí o allá. En realidad, soy eterna.

-Te llevaré -consintió el guerrero- veremos si eso es cierto.

El segundo día, el hombre se acercó a un pequeño bosquecillo y, en su centro, descubrió a un león encadenado a un árbol.

-Nunca había visto algo así - se asombró- ¿de qué eres culpable?

-Mirándote, diría que de lo mismo que tú -contestó el león- ¿serás amable y me matarás?

-¿Por qué debería ser amable? Nada te debo. Tu piel es vieja y estás flaco. No me reportaría ningún beneficio.

- Tal vez. Pero entonces podría acompañarte. Si me sueltas, cazaré para tí.

-Si te suelto, seré responsable de tí. Ya no necesito responsabilidades.

-Tal vez mi cadena pudiera serte útil -sugirió el león-

-El guerrero examinó cuidadosamente la cadena. Aunque oxidada, podía todavía prestar un largo servicio. Pensativo, liberó al león que, luego de estirarse cuidadosamente, le dijo:

-De todas maneras, te acompañaré. No necesitas verme si no quieres. Todavía son frías las noches.

Sin contestarle, el guerrero siguió su camino.

Varios días más tarde, al traspasar una colina, el guerrero observó a

su izquierda una oveja muerta y, balando a su costado ya frío, un pequeño cordero.

Inmediatamente el león sugirió:

-Comida tierna y joven. Te he traído suerte. ¿Empiezas tú o lo hago yo?

-Me da igual, contestó el guerrero, y se dispuso a disfrutar de un opíparo almuerzo.

-¿No les parece un desperdicio? -preguntó el cordero-

-Desperdicio sería no despenarte -repuso el león-

-Me refiero a que no podrán conservar mi carne fresca mucho tiempo. Si fueran inteligentes, se conformarían con mi madre, y me llevarían con ustedes, vivo. Más adelante podrán comerme.

-Es lógico -dijo el guerrero- y comenzó a encender un fuego.

No demasiado satisfecho, el león destazó a la oveja. Luego de comer, siguieron camino.

Así caminaron muchos días. El guerrero mantenía casi siempre su hermético silencio. El tiempo parecía no transcurrir.

Un día, el guerrero llegó a una cabaña de troncos, desvencijada, de donde emergió una mujer que le sonrió:

-Estaba cansada de no tener compañía. ¿Te quedarás?

-No necesito compañía.

-Entonces podrás arreglar mi cabaña.

-¿Por qué lo haría? Seguiré mi camino.

-¿Hacia dónde vas?

El guerrero la observó sin responderle. Inclínándose, arrancó el hacha del tajo y comenzó a cortar leña.

Pasaron muchos años. La mujer murió de vejez. El guerrero, el león, el cordero y la planta parecían no cambiar. La piedra, desde luego, estaba igual.

Una tarde, bostezando, el guerrero dijo:

-Retomaré mi camino. Aquí nada me ata.

Y todos continuaron siguiendo la huella.

Una noche, en mitad del campo, el guerrero se irguió sobresaltado: junto a él, ominosa, desmesuradamente pálida, se alzaba la Muerte.

-Vengo a buscarte -le dijo-

-No sé por qué. No tengo nada que puedas desear.

La Muerte intentó envolverlo con su oscura capa, pero el guerrero parecía trasparente a sus esfuerzos, evanescente, nuboso.

La Muerte, impresionada, retrocedió dos pasos.

-¿Por qué te resistes? Es tu hora.

-Nada hago. Y las horas no me preocupan.

Burlón, el guerrero hizo una leve reverencia hacia la Muerte, y se marchó, con su paso cansino.

Han pasado muchos años. Aún hoy, el guerrero sigue caminando por la tierra. Los que lo han visto, afirman que tras sus pasos, no demasiado lejos, viene la Muerte; caquética, desorbitada, con ansiedad de siglos, intentando descubrir por fin cuál es su secreto.

LA DEUDA DEL SEÑOR KRAN

El señor Kran se dejaba llevar suavemente por la pista de deslizamiento del nivel 3. Bajo la cúpula plástica que protegía a Ciudad Central, el sol artificial emitía sus rayos de calor y luz, programados en intensidad 5 (temperatura de primavera).

Rodeado de personas camino a sus ocupaciones, el señor Kran se sentía un poco oprimido. Desde hacía diez años, llevaba una vida retirada luego de trabajar como Encargado-Operador de una Granja Abastecedora y ya no estaba acostumbrado a las grandes multitudes.

Al llegar al kilómetro 43 Interciudadano, Archibald Kran consultó su plano-guía; el Centro de Depósito e Inversión estaba sólo a unos cientos de metros. Cuidadosamente, -su edad ya no le permitía violentos ejercicios- el señor Kran descendió de la pista de deslizamiento y se introdujo en el elevador correspondiente, repleto de gente que, como él, se dirigía al Centro para pagar sus impuestos anuales, o saldar deudas de créditos.

Luego de unos segundos, el elevador abrió sus puertas en el nivel 1, hall principal del Centro de Depósito de Ciudad Central.

Desorientado, Archibald Kran interpeló a un guardia macanizado que se hallaba a su lado, parado a un costado del elevador:

-Disculpe. Yo no soy de la Ciudad, ¿sabe? Y necesitaría saber...

-Oficina de Información.

-Pero es que yo....precisamente...

-Oficina de Información -repitió el guardia, sin volver la cabeza-

Tímido, el señor Kran desistió de su intento. Caminó por el hall principal, tratando de descubrir dónde quedaría la Oficina de Información. Al fin, en uno de los múltiples pasillos que desembocaban en la nave central consiguió divisar un pequeño letrero escrito en idioma internacional.

-Qué absurdo -se dijo el señor Kran- quisiera saber por qué se sigue usando el idioma internacional, cuando hace casi dos siglos que no hay naciones. En fin -se consoló- son cosas de la ciudad.

“OFICINA DE INFORMES AL FONDO”

Así rezaba el letrero, casi oculto tras una enorme bandera multicolor que comunicaba a los ciudadanos que se aproximaba la fecha de vencimiento de los Impuestos al Consumo Natural.

El señor Kran, preocupado, abrió su cartera de recibos y vencimientos y, tras una breve búsqueda, suspiró aliviado: su foja de pagos estaba al día en ese rubro. Aún siendo jubilado de una Granja Abastecedora, no estaba eximido de pagar los Impuestos al Consumo Natural, que eran una de sus principales preocupaciones al finalizar cada año.

Archibald Kran caminó despaciosamente por el largo pasillo que aparentemente conducía a la oficina de Información. Frente a un mostrador, detrás del cual se hallaba una Máquina de Informes

modelo X-29, había una larga fila de ciudadanos, -sentados en sus sillas inflables- esperando ser atendidos. El señor Kran se ubicó al final de la fila, extrajo de su bolsillo una silla ICA (inflable al contacto con el aire) y rasgó su envoltura hermética. Instantáneamente, la silla se desplegó y el señor Kran se instaló dispuesto a disfrutar de una merecida siesta.

Tres horas más tarde, un zumbido arrancó a Archibald Kran de su sueño. Estaba frente a la ventanilla, y la Máquina de Informes X-29 lo interrogaba:

-¿En qué puedo servirle, ciudadano?

- Bueno, yo tengo que pagar un crédito que solicité para...

-Oficina de Saldos y Deudas -interrumpió X-29-

-Si, claro, pero...

-¿Necesita otra información, ciudadano?

-No, pero...

-El siguiente.

-Yo quiero saber dónde está la Oficina de Saldos y Deudas! -aulló Kran-

-¿Por qué no lo dijo? Soy sólo una máquina, no un adivino. Esa oficina queda en el pasillo número 6, puerta 14, ventanilla 67.

El siguiente.

El señor Kran, convencido de la superioridad del hombre sobre la máquina -y a la vez furioso por haber sido derrotado por un inferior- se dedicó a hallar el pasillo 6.

Apenas treinta minutos después, y felicitándose por su rapidez, Archibald encontró lo que buscaba: un estrecho túnel, muy bien iluminado, que descendía al subsuelo del Centro de Depósitos. Se introdujo por el mismo, procurando ahora la puerta 14.

Luego de caminar unos cientos de metros, un brillante 14, pintado con pintura fluorescente sobre una puerta, apareció ante sus ojos. Kran intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada. Apretó un timbre, y una voz metálica que salía por una ínfima ranura en la parte superior de la puerta, preguntó:

-¿Que desea, ciudadano?

Aleccionado por las experiencias anteriores, Kran fue escueto:

-Saldar un crédito.

-Ventanilla 67. ¿Algo más?

-Que me abra la puerta.

-Es la hora del almuerzo. Vuelva más tarde.

-Pero las máquinas no almuerzan -protestó débilmente el señor Kran-

-Orden del Sindicato de Auxiliares Mecánicos.

-¿Y a qué hora debo volver? -Desalentado, el señor Kran comenzó a retirarse-

-Dos horas apenas. Pero no se vaya. De lo contrario, perderá su turno.

-¿Qué turno? Si no hay nadie -contradijo Kran-

- Como prefiera ciudadano. Yo se lo advertí.

Intimidado por el tono admonitorio de la voz, el señor Kran decidió esperar. Bendiciendo a su previsor esposa, desenvolvió una hamburguesa sintética y una pastilla de agua mineral. Se sentó -en el suelo, ya que había abandonado su silla en la Oficina de Informes- y trató de pasar las dos horas siguientes de la manera más cómoda posible.

A las 14:30, Kran despertó sobresaltado; la puerta, hermética y de acero, se abría lenta y silenciosamente. La misma voz metálica le dijo:

-Adelante, ciudadano, ya es la hora.

Irónico, Archibald Kran interrogó:

-¿Almorzó bien?

-Muy bien, gracias. (Un leve eructo metálico corroboró la afirmación)

-Pero...usted me dijo que no comían. Las máquinas no comen.

-De todas maneras, el cliente siempre tiene razón. Cortesía de la casa. (Nuevo eructo metálico)

-Bueno..buen provecho -atinó a decir Kran, confundido-

-Gracias. Ventanilla 67 a su izquierda.

Una única ventanilla se abría al costado de la pared. Sobre la misma, al igual que en la puerta y con idéntica tonalidad rojo brillante, estaba estampado el número 67. Ninguna otra irregularidad -excepto un corto pasillo- interrumpía la lisa secuencia de las paredes, pintadas de verde esmeralda.

-Pero..hay una sola ventanilla...-se asombró el señor Kran-

-¿Para qué necesita mas? -Contestó una Máquina X-45, ubicándose tras el pequeño mostrador-

-Bueno, como el número es 67, yo pensé...

-El número no es importante. Lo que importa es el servicio, ¿verdad?

-Preguntó la máquina, obsequiosa-

-Si...si, claro.

-ENTONCES NO RETRASE EL SERVICIO, CIUDADANO, Y DIGA A QUE VINO! - ordenó X-45 con voz dura-

-Bueno...-se azoró Kran- resulta que mi esposa y yo hicimos un viaje a la Estación Espacial el año pasado y...

-Está en un error -interrumpió X-45- eso es Sección Registro Intelectual y Recuerdos Gratos, pasillo 34, ventanilla..

-Espere, espere! Yo quiero pagar el crédito del viaje -dijo, desesperado, Archibald Kran-

-Ah! ¿Y eso que tiene que ver con el relato del viaje? -preguntó, severa, X-45-

-Bueno, evidentemente....no, nada -nuevamente derrotado, Kran capituló-

-Ajá. Deme su Foja de Pagos.

-Esteee.... ¿y por dónde?

-Acá. Por esta ranurita. -indicó la máquina señalando su pecho, donde se abría, efectivamente, una ranura-

-Tome. Eh.. y eso de la Sección de Registro Intelectual..¿como era? -interrogó Kran intentando abyectamente congraciarse-

-No tiene importancia. Es una sección especial para los que no saben bien lo que quieren y cuentan tooooda su historia. Allí hay Máquinas

X-127, que desentrañan lo que el individuo en cuestión quiere realmente, y lo mandan a la oficina correcta.

-Ah...que interesante -dijo Kran, cortésmente-

-¿Le parece? -exclamó la máquina, asombrada-

-Bueno, no. Quise decir..

-No importa. Ponga su dedo pulgar aquí -indicó X-45, señalando una ventanita de cristal sobre su pectoral derecho- es por la identificación, ¿sabe?

-Comprendo -el señor Kran cumplió la orden, y esperó-

-Ahora el dedo de su esposa.

-¿Como?

-El dedo de su esposa. El crédito está a nombre de los dos. ¿No trajo el dedo de su esposa?

-¿Quiere que se lo corte? -estalló Kran, indignado-

-No, claro. -reflexionó la máquina- ¿Y a su esposa tampoco la trajo?

-Ya lo ve.

-Ajá. Entonces, lo lamento mucho. No puede pagar.

-¿Cómo que no puedo pagar? Pero usted piensa que hice cinco horas de plantón para...

-No mienta -interrumpió X-45, severamente- hizo sólo dos horas.

-¿Y las tres de la Oficina de Informes?

-Pero esa es otra Sección, no es culpa nuestra. ¿O usted cree que vamos a cargar con las culpas de los demás?

-No, tiene razón -reconoció Kran- disculpe.

-Está disculpado. Bueno, traiga a su esposa y pague.

-Pero ella está enferma...¿No podría arreglarlo de otra manera?

-No se...-titubeó X-45- estee.. ¿no tiene una botellita de aceite por ahí?

-¿Aceite? No...tengo esta loción para el pelo, pero....

-¿Tiene aceite? -Interrumpió X-45, ansiosamente-

-Eh...sí, creo que sí.

-Póngala acá -dijo la máquina, señalando una nueva abertura en su costado izquierdo-

-Bueno -contestó Kran, intrigado, depositando la botella-

-Que no lo vea nadie, idiota! -gritó la máquina- o quiere que me desenchufen!

-U..usted perdone -balbuceó Kran-

-No es nada, no es nada...Ah!!!! esto es vida.....-suspiró sensualmente X-45- Bueno, con respecto a su problema, venga más tarde y veremos...

-¿Qué? Solucióneme el problema o la denuncio! -amenazó Kran a los gritos-

-Está bien, está bien, no se ponga así! -dijo la máquina, conciliadora- veré que se puede hacer.

X-45 desapareció detrás del mostrador. Archibald Kran, tembloroso de ira, se recostó contra la pared, e instantáneamente saltó sobre sus pies al escuchar una voz suave que decía:

-Estoy recién pintada...estoy recién pintada...estoy recién pintada...

-No sabía. Lo siento. -dijo Kran con aire angustiado, mirando su chaqueta manchada-

-No se preocupe -contestó la pared, amablemente-

Ya se disponía el señor Kran a entablar conversación, cuando regresó X-45.

-Tengo todo listo

-No me diga! -dijo Kran, alborozado-

-Si. Me costó un poco de trabajo, y sale algo más caro, pero...

-No importa, no importa. ¿Qué tengo que hacer?

-Las computadoras de Control me informan que usted debe la suma de 14.000 pesos naturales.

-Así es.

-A eso hay que sumarle los intereses del 35% con variación mensual del 3.4, más la interacción del coeficiente real que es de 5.27, restarle los descuentos del 0.0008 por carga de familia, y sumarle por costos extra familiares un 14.22. Además, hay que tomar en cuenta las variaciones en el índice de los Productos Naturales, que en su caso van con gravamen del 18.62, mas la prorrata de desgaste de la Estación Espacial y la nave utilizada, con un porcentual individual de....

-Basta! ¿Quiere volverme loco? -gritó Kran, aturdido-

-Mire, estoy tratando de ayudarlo -contestó la máquina, ofendida-

-Si, tiene razón, perdóneme. Es que estoy un poco nervioso...

-Bueno, pero un poco más de respeto, hombre. Después de todo, una no es un animal para tratarla de esta manera. Este...¿no tendrá otra botellita de aceite, no?

-No. Tenía una sola.

-En fin. Qué se le va a hacer! Métase una a redentora...

-Escuche: -susurró Kran, comprador- si esto sale bien, le voy a traer un botellón de aceite del mejor.

-No es necesario, no es necesario....-protestó X-45, metálicamente ruborizada- pero que sea marca Volvo ¿eh? Es el que más me gusta.

-Marca Volvo. Entendido. -concedió el señor Kran-

-Como le decía -prosiguió X-45- de estos cálculos se deduce que usted debe pagar la suma de 287.925 pesos naturales con 48 centavos. Ah... a esto se debe agregar el Servicio Especial Urgente, que cuesta 1.400 pesos naturales, lo que hace un total de....

-¿Pero ustedes están locos?¿Cómo voy a pagar eso? Con mi pensión yo no puedo....

-Ese no es un problema de nuestra competencia. Usted debe pagar esto ahora.

-Pero...no tengo suficiente dinero -dijo Kran, pálido-

-¿Se niega a pagar? Firme aquí -dijo rígidamente X-45, haciendo aparecer una hoja impresa por una de sus múltiples aberturas-

-Que..¿qué es esto?

-Un formulario de Violación a la Ley 25.006.038/7/32, donde usted reconoce haberse negado a pagar su crédito e impuestos, y por lo tanto acepta la cárcel y/o el exilio a los Mundos Externos durante 47 años, 5 meses y 16 días.

-Pero...Cómo me van a hacer eso! Tengo sesenta años... es una injusticia...

La voz de X-45 se suavizó:

-Escuche, nadie quiere ser injusto. Entendemos su problema. El Centro de Depósito e Inversión, solidariamente, está dispuesto a concederle un crédito.

-¿Otro crédito?

-SI!!! -exclamó X-45 radiante de satisfacción- UN CREDITO!!! Para que usted pueda saldar su deuda con el Centro.

-Y...¿cómo deberé pagarlo?

-No lo pagará -afirmó la máquina, con una floreciente aunque algo rígida sonrisa en su ranura bucal-

-¿NO lo pagaré? -repitió Kran, incrédulo y feliz-

-No en dinero. Trabajaré.

-Pero yo ya me jubilé -aclaró Kran-

-No importa. Trabajaré nuevamente para nosotros.

-Pero yo era granjero...-protestó Kran, débilmente-

-En la cárcel dejará de serlo. Si prefiere, puedo llamar a los X-2, los Policías Mecanizados...

-NO! Trabajaré -se resignó Kran- ¿Y qué es lo que voy a hacer?

-Necesitamos un portero.

-Ah...por lo menos veré el sol sintético -se alegró Archibald-

-¿Qué sol? Un portero aquí, en el fondo del pasillo.

El señor Kran se asomó a la puerta y miró hacia el fondo del pasillo. Cerró lo ojos, sacudió la cabeza y miró otra vez.

-Pero ahí no hay puertas -dijo-

-¿Por qué debería haberlas? Ahí no hay oficinas -aclaró la máquina, haciendo gala de paciencia ante la supina estupidez humana-

-¿Y entonces?

-No abrirá puertas. ¿Pretende acaso un trabajo más descansado? Los hombres nunca están conformes...-suspiró X-45, desalentada-

-Claro, tiene razón, perdone. Y...¿por cuánto tiempo?

-Apenas veinte años. Usted piense: realmente su deuda es grande...no se cómo pudo endeudarse así...Qué poco previsor, caramba!

-Es cierto -confesó el señor Kran, avergonzado-

-Bueno, ¿qué espera? Empiece.

-¿Ya? ¿Y mi mujer?

-Lo esperará, sin duda. Las mujeres son muy fieles. Además, podrá escribirle cada seis u ocho meses. Vamos hombre! Que hay una cantidad de paredes sin puertas aguardándolo!

-Si...si, enseguida -dijo Kran-

-Recién empieza a trabajar, y ya holgazanando. Qué barbaridad! -musitó X-45, con sus chips vibrando de indignación-

El señor Kran caminó por el pasillo hasta toparse de boca con una pared pintada con el mismo color verde esmeralda de todas las demás. Se apoyó contra ella, y se dispuso a pasar los siguientes veinte años como portero. Al instante mismo de recostarse, una voz le dijo:

-Manténgase erguido, la prestancia es importante....manténgase erguido, la prestancia es importante...manténgase erguido, la prestancia es importante....

-Si, claro, tiene razón -susurró Archibald Kran, con voz casi inaudible, y se enderezó-

Sobre su cabeza apareció un letrero, pintado de color rojo fluorescente, que indicaba:

“SECCION PORTERO. ATENCION PERMANENTE”

EL ABRIGO (1977)

(5 de mayo)

-Te digo que no tengo dinero. No puedo darte un sólo peso más.

-Pero necesito ese tapado, querido. El que tengo ya no soporta otra temporada. Además, está

pasado de moda y...

-¡No quiero discutirlo más! No voy a darte más plata y se acabó.

-¡Está bien! Siempre el mismo egoísta. Para el hipódromo no te falta, ¿no?

-Ah, claro... Mirá la comparación. Cuatro mangos locos que me gasto por mes, contra un tapado de armiño. ¡Qué tal!. Vos sí que sos rápida con los números, ¿eh?

-Si, cuatro mangos locos. ¡Cómo no! Y después andás corriendo para levantar los documentos, refinarlos y qué se yo...

-Mirá, a fin de cuentas el negocio es mío, ¿no? Y con la plata yo hago lo que quiero. Y basta.

El señor Albornoz salió dando un portazo. Su señora, en la amplia cama de matrimonio, defraudada en su intento de conmoerlo mediante unas tiernas y románticas lagrimitas, miró la puerta cerrada haciendo un ademán estrepitosamente obsceno.

(5 de mayo por la noche)

En el dormitorio, el señor Albornoz y su esposa, acostados en la amplia cama de matrimonio, leen sendos libros -los best-sellers de moda en ese momento- y no cambian palabra.

El señor Albornoz, lanzando a su esposa una mirada de soslayo, bosteza artificialmente y estira los brazos mientras dice; mirando impersonalmente la pared de enfrente:

-¿Qué tarde! ¿Vamos a dormir?

-Si querés-contesta fríamente la señora Albornoz, sin mirarlo-

El señor Albornoz, rápidamente, (antes de que su esposa se arrepienta) apaga la luz y se arrebujá entre las sábanas. Tiende la mano hacia su mujer y le acaricia el cuello.

-¿Qué hacés? Dejame.

-No te vas a dormir,¿no?

-Dijiste que tenías sueño. Además, no tengo ganas.

-Vamos...-el señor Albornoz se aprieta contra su mujer, que le da la espalda-

-Dejame...quédate quieto.

-Dale... ¿estás enojada?

-No.

-¿Y entonces?

El señor Albornoz la acaricia. Su esposa se da vuelta y responde a sus caricias, pero con pocas ganas.

El la besa, ella se deja besar, aparentando desgano. El la incita, ella reacciona amorosamente y se pega a él mientras le dice mimosamente:

-Yo te quiero, pero vos sos tan malo conmigo...

-¿Por qué? Yo no soy malo.

-Si, si. Hoy me gritaste.

-Ah, por lo del tapado. No vamos a empezar de nuevo, ¿no?

-No. ¿Pero ves que sos malo?-afirma la señora Albornoz mientras hace ademán de separarse-

-Vení, vení -él la retiene- Pero Elsa, ya te dije que no puedo comprarlo.

-Pero si no es tanto. Un esfuerquito, si quisieras.

Ella lo acaricia.

-Bueno. Vamos a ver.-contesta él, con la cabeza en otro lado-

-¿Me lo comprás? ¿Si? -ella lo besa, lo aprieta, excitándolo-

-No sé. Si. Si. Te lo compro.

-Sos el mejor marido del mundo. -ella se entrega, como para sellar el pacto(antes de que él se arrepienta)-

En la casa de los Albornoz hay silencio. En la cama matrimonial, los dos duermen. Si alguien mirara de cerca la cara de Elsa, diría que es la esposa más feliz del mundo.

(6 de mayo-9 de la mañana)

El señor Albornoz entra al negocio con cara preocupada. Contesta apenas el saludo de las dos empleadas y su contador, el señor Gómez. Al pasar por delante del escritorio de éste último, se detiene, como para decirle algo. Parece pensarlo mejor, y se introduce en su oficina.

(6 de mayo-10:30 de la mañana)

El intercomunicador suena en el escritorio del señor Gómez, contador de “Albornoz Artículos del hogar”. El señor Gómez contesta:

-¿Si, señor Albornoz?

Gómez se levanta inmediatamente y va. Hace veinte años que es contador en esta empresa. Desde que “Albornoz Artículos del Hogar” eran solamente Albornoz y él, Gómez, el empleado más antiguo.

-Tome asiento, Gómez, Póngase cómodo.

-Gracias, señor Albornoz.

-Mire, Gómez, estuve revisando los libros...

-¿Hay algún error, señor Albornoz?-interrumpe Gómez, sobresaltado-

-No, no. Gómez. Tranquilícese. Todo está perfecto. Es decir...

-¿Si, señor? -Gomez está en ascuas. Seguro que cometió un error.-

-Es sólo que no hay tanta ganancia como esperaba. Hay obligaciones, deudas, en fin...no estoy tranquilo. En estas épocas nunca se sabe...Pero de lo que quería hablarle, Gómez....

-¿Si, señor?

-.....Ese asunto de su aumento, Gómez...en fin, usted sabe...

6 de mayo-19 horas)

Gómez baja del colectivo y camina las cinco cuadras que lo separan de su casa en Lugano 1

La cara hosca, mira el piso. Retrocede a tiempo para evitar que un automóvil lo atropelle al cruzar la bocacalle y maldice en voz baja. Se detiene en la puerta de su casa y toca el timbre. Del interior, una voz alegre lo interroga:

-¿Sos vos, José?

-Si.¿Quién querés que sea?

-Ya voy.

La puerta se abre. Enmarcada en el hueco aparece una mujer de casi cincuenta años,-cinco menos que Gómez- que lo mira sonriente hasta que se advierte su expresión y se pone seria.

-Hola.¿Cómo te fue?

-Igual que siempre.-Gomez entra. La mujer cierra la puerta y lo sigue hasta la cocina. Gomez abre la heladera y se sirve soda.

-Qué te dijo Albornoz del aumento?

-¿Qué me dijo? -Gómez repite innecesariamente la pregunta. Adopta un tono irónico y mordaz-me dijo: mire Gómez, los tiempos están

malos....que el negocio no da....que las ventas...que los documentos...como si el contador fuera él.

-¿No te dá el aumento?

-¿Y no te digo que no? ¡O no te das cuenta! -explota Gómez-

La mujer se sienta en una silla, frente a la mesa de fórmica de la cocina. No se resigna a creerlo. Insiste.

-¿Pero le dijiste que lo necesitábamos? ¿Le dijiste que no te alcanza el sueldo? ¿Le dijiste?

-Si, le dije. Le dije más cosas, también. Le dije mentiras, le dije gastos, le dije médico, le dije remedios, pero él me dijo: No.

-¿Y qué vamos a hacer?

-Y...como primera medida, el vago de tu hijo va a trabajar.

-¿Luis? ¿Y el estudio? Y además es tu hijo, también.

-Que estudie de noche.

-Pero la carrera....le lleva todo el día...de noche no va a poder...

-Que se aguante. Pero ya le podés ir diciendo que se busque un trabajo, Porque yo no lo mantengo más.-

-¡Pero él que culpa tiene! ¿Por qué te la agarrás con él?

-¿Y yo que culpa tengo? ¿No trabajé mas de veinte años para ese.....ese hijo de puta? ¿Le afané guita? No. ¿Cumplí bien? Si. ¿Qué culpa tengo?¿eh? Que trabaje, yo trabajé toda mi vida. Y estudié también. Que se haga hombre.

-Escuchame, José, él va a ser médico. Tiene que estudiar mucho. Los dos quisimos que estudiara, ¿Te acordás? Los dos nos alegramos cuando eligió medicina. Los dos le dijimos que no trabajara para poder recibirse pronto...

José Gómez vacila. Se sienta en una silla a la izquierda de su mujer. Asiente. Traga saliva. Carraspea.

-Si, es cierto. Pero no alcanza, vieja. ¡Que querés! La plata no alcanza. Va a tener que trabajar.

Y como para defenderse, para esconderse un poco de la verguenza de no poder mantener a su hijo, eleva el tono y casi grita:

-Y a fin de cuentas, ¡Qué carajo! El trabajo no mata a nadie. Y si quiere ser médico en serio, se va a recibir igual, trabajando o no.

Y rápidamente, antes de que su mujer pueda contestarle algo, José Gómez se escabulle para el patio del fondo. Y previendo que su esposa lo va a seguir le grita:

-¡Y a ver si me hacés unos mates, che!

La mujer, que efectivamente se había levantado para seguirlo, se detiene. Va hacia la cocina, levanta la pava y abre la canilla. Si José,

que la conoce bien, la mirara en ese momento, juraría que tiene los ojos llenos de lágrimas.

(6 de mayo-21:30 hrs.)

-Y bueno, es así. Como te lo digo.

-Pero Papá, me faltan solamente dos años. Los más difíciles de la carrera. Si corto ahora, estudiando de noche, se me van a hacer cuatro o cinco. Además, están los prácticos, y el servicio en el hospital a partir del año que viene....

-No voy a discutir más, Luis. Vas a trabajar y se acabó.

-Igual no va a alcanzar papá. Por más que gane, nunca va a alcanzar. Te vas a ocupar de que no alcance. Vos no querés que me reciba. No te gusta nada que a los veintitrés yo pueda ser médico. No querés que cambie esta vida de porquería. Querés que se parezca a la tuya....

-Pero, Luis...-José Gómez escucha incrédulo a su hijo, y quiere protestar, manifestarse inocente-

La madre de Luis se levanta de la mesa. En su plato casi lleno, la comida sin tocar atestigua la dureza de la discusión entre padre e hijo. La señora Gómez quiere intervenir. Ridículamente sólo atina a repetir la frase de su marido:

-Pero, Luis....

-Si. Querés que se parezca a la tuya, Una vida de mierda. El sirviente eterno de un señor que se da lujos mientras desde hace veinte años le custodiás la plata. Una vida de mierda. No voy a ser un pobre contador como vos. Voy a ser médico. Aunque me cueste. Aunque no te guste, papá.

Luis se levanta y sale. El clásico portazo se escucha desde el living de la casa. El señor Gómez, contador, aturdido se sirve un vaso de vino. Ahora, recién ahora, encuentra las palabras. Débiles, sin convicción:

-No es cierto. No es cierto. Sí me gusta. Me gustaría.¿No es verdad, vieja? Vos sabés que me gustaría.¿no?

La madre de Luis. Ahora más madre que esposa, aunque sintiendo su propia crueldad, no contesta. José Gómez, más abatido que nunca en su vida, sale al fondo. Allí murmura. Su esposa lo escucha y se siente un poco más vacía, porque José repite:

-Una vida de mierda. Una vida de mierda. Una vida de mierda.....

(8 de mayo-6:30 horas)

Luis camina por las calles del centro. Entra al bar Suárez de Corrientes y Maipú. Una mesita

pequeña, para dos, frente a la ventana, a la izquierda de la puerta de la esquina. Un mozo delgado de bigote finito, con cara de sueño, se le acerca. Luis pide el esperado café con leche y medialunas. Tiene que hacer tiempo hasta la siete. Si ese trabajo le saliera...

Despliega el Clarín por décima vez. Nervioso, (es la primera vez que busca trabajo) recorre las columnas de clasificados, para que no se le escape ninguna oportunidad.

-Después de éste, voy a ir para Once. A ver si ahí puedo llegar a tiempo. ¿Cuánto me pagarán? Seguro que me preguntan cuánto quiero. Yo que sé. ¿Cuánto puede ganar un empleado? Papá gana casi veinte palos, pero son veinte años de laburo.¡Y buen! Yo pido ocho o nueve. A ver qué dicen. Para bajar hay tiempo.

Se me habrá escapado algún aviso?

(21 de mayo-7:30 horas)

-Bueno. Dígame, señor...

-Gómez. Luis Gómez.

-Señor Gómez. Cuál ha sido su experiencia anterior?

-Ninguna. Es decir. Yo no trabajé nunca regularmente, señor. Ayudé mucho a mi padre en su oficina en épocas de balance. El es contador, sabe? Yo aprendí con él y

-No tiene experiencia.

-Pero aprendo rápido, señor. Yo necesito trabajar para pagarme la carrera....

-Ah, Usted estudia? Eso es interesante. Eso puede proporcionarle un interesante futuro en nuestra empresa. Estudia contabilidad, por supuesto.

-Eh....no, señor. Medicina.

-Medicina?Ah...pero aquí eso no le va a servir de nada....

-No. Supongo que no.

-Bueno. Mire, señor Gómez. Nosotros realizaremos una selección entre todos los postulantes, y luego llamaremos al elegido. Así que no nos llame. Espere la comunicación.

-Usted cree que tengo posibilidades, señor?

-Para serle franco, Gómez...si usted estudiara Contabilidad, o alguna carrera afín...si tuviera aunque fuese alguna experiencia en otra empresa...Pero, ¡Medicina! Eso no nos sirve, Gómez.

Y encima después vienen los permisos por examen, y las faltas, y...en fin. Pero no se desanime, Gómez. A lo mejor, quién le dice....

-Claro. Buenos días, señor. Disculpe la molestia.

-No es nada, muchacho, no es nada.

Luis sale de la empresa y camina por Cerrito. Las ocho de la mañana. Si se apura, puede llegar temprano al trabajo ése que queda en Once. Los comercios recién están abriendo. Tal vez tenga suerte.

Al llegar a la 9 de julio, entra al subterráneo. Se bajará en Pasteur. Una hora después, caminará nuevamente, esta vez hacia Santa Fé. Ya se ha convencido de que en ningún comercio tomarán a un vendedor sin experiencia y con problemas de horario. Luego irá a la Facultad, y por la noche volverá a su casa. Idéntica rutina durante dos semanas, lo hace sentirse cada vez más inútil. Demasiada gente quiere trabajar, y muy pocos carecen de la experiencia mínima como él. Además, las noches en casa se hacen cada vez más insoportables. Luis busca una solución, y no la encuentra. Piensa abandonar la carrera. Dedicarse a algo más rentable. Se resiste. Va a ser médico. Eso ya está decidido. Al finalizar el día Luis regresa a Lugano. Son las nueve de la noche. No quiere afrontar la cara de su padre, el contador Gómez, que ayer le dijo que “el que no consigue trabajo es porque no quiere”. No quiere escuchar lo que hoy podría llegar a decirle.

En la esquina de su casa, se detiene. Titubea. Al fin, entra en el bar “Los Tres Ases.” Pide una caña, y sonríe desganado a Pedro, el mozo, que se la sirve mientras le comenta la increíble derrota de Boca en el Metropolitano. Pedro, comprendiendo que Luis no está como para hablar de fútbol, se aleja para atender a otro cliente que lo llama desde hace rato. Luis prueba la caña, y se queda quieto mirando el barrio por la ventana.

(27 de mayo-23:50 horas)

En el bar de la esquina de la casa de Luis.

-Luis,¡Tanto tiempo!...

-Hola, Claudio. ¿Qué contás?

-Tirando, che. ¡Pero qué cara tenés!... ¿Te bocharon en alguna materia?

-No. ¡Ojalá!.....

Luis necesita un escucha. Alguien que entienda. Que lo compadezca un poco y que lo justifique frente a sí mismo. Claudio le viene al pelo para eso. Claudio siempre fue un tipo rápido. Cuando Luis termina su historia, Claudio empieza a hablar. A medida que explica, cualquier persona poco observadora podría darse cuenta de que Claudio ofrece una solución y Luis la rechaza. Claudio insiste y argumenta. Veinte minutos más tarde, Luis acepta, pero poniendo condiciones:

-Pero escucháme. Una sola vez, ¿eh?

-Pero si, viejo, -asegura Claudio- no va a hacer falta más. Caíste justo, hermano, sos el tipo que nos hacía falta.

Los dos se levantan de la mesa del bar del barrio. Son casi las dos de la mañana. Luis hace ademán de irse a su casa. Claudio lo toma de un brazo y lo guía en otra dirección.

-Pero che, ¿te parece? Es muy tarde....

-Dale Luis, si éstos no duermen nunca. Además, yo les dije que iba a caer tarde. Vení que te los presento ahora, mirá que esto tenemos que hacerlo rápido.

-Bueno.

(29 de mayo-sábado, 12:50 horas. Libertad al 400)

-¿Ese es?

-Si. Faltan diez minutos.

-Che, acá nos levantamos como mil palos en pieles. ¿No, Claudio?

-Claro, Raúl. No tengas miedo, Luis. Va a ser una huevada. En cuanto entremos vas a ver que nos entregan todas las pieles sin decir ni ay. Después nos subimos al auto y nos rajamos.

-¿Y la cana?

-No les vamos a dar tiempo, pibe. No te calentés. Cuando se aviven ya vamos a estar en Lugano tomando mate.-la seguridad del Cholo infunde ánimos.

Luis mira la peletería al pasar. Adentro, unos pocos clientes compran o pierden tiempo preguntando precios. El coche continúa su marcha lenta y dobla a la derecha por viamonte hacia la 9 de julio. Luis descubre que, igual que en los exámenes, las manos le transpiran. Se las frota contra la camisa, a la altura de la cintura y encuentra el revólver metido a medias en el pantalón. El contacto frío lo sobresalta un poco. El coche, lentamente, cruza Corrientes y sigue hacia Sarmiento. Luis mira su reloj. Las 12 y 56. Cuatro minutos.

(29 de mayo-sábado, 12:59 horas. Libertad y Corrientes)

-En cuanto cambie la luz, cruzo rápido y me estaciono. Trabajen ligero, pibes. -la voz del Cholo, firme y segura, no es escuchada por Luis, que mira fijamente la peletería al otro lado de la calle, a veinte metros de Corrientes.-

-Bueno Luis, nosotros nos bajamos rápido y apretamos. Después vos los tenés a todos quietitos mientras yo cargo, ¿eh?

-Sí. Claudio...

-¿Qué?

-Tengo...tengo miedo.

-¡Qué jodón! ¿Y vos te creés que yo no? No te preocupés.

-Ahí vamos.

El Cholo arranca rápidamente y cruza Corrientes. Seguro, pega el coche al cordón derecho de Libertad, justo frente a la vidriera de la peletería.

-Vamos Luis.

Luis y Claudio saltan del auto, revólveres en mano y se meten en el comercio.

-Todos quietos. Es un asalto.-Claudio muestra el revólver a los clientes-

Un par de gritos de las mujeres, un intento débil de protesta por parte del dueño. Después, silencio. Claudio se mete en la trastienda. Luis, asombrado de su propia seguridad, cubre la salida encañonando a todos los presentes. Claudio sale con los brazos cargados de abrigos y los deja en el auto. Vuelve a entrar. Los ruidos estallan en la cabeza de Luis. Se da vuelta, mirando a la puerta. Alcanza a ver el auto del Cholo que, con las puertas todavía abiertas, arranca bruscamente. Por la puerta delantera cuelga la mitad del cuerpo de Raúl, con la mano derecha sosteniendo todavía la pistola. Se ve a través de la vidriera, llegando desde Corrientes, un patrullero que frena y escupe cuatro policías que tirotean el auto de Cholo. Luis piensa que todavía no lo vieron. Claudio sale disparado de la trastienda. Luis piensa que está muy pálido.

Claudio lo empuja a un costado y atraviesa la peletería hacia la calle. Corre hacia la derecha. Ya solo, Luis trata de seguirlo. Los policías advierten la huída de Claudio y lo persiguen, disparando sus armas. Cuando Luis pisa las baldosas de la vereda, uno de los agentes lo descubre. Grita. Dispara dos veces. Luis rebota contra la vidriera de la peletería y cae sentado contra el vidrio.

Su mano derecha deja caer el revólver. La mano izquierda, cautelosamente, tantea las heridas.

Luis piensa: “Probable perforación del pulmón izquierdo, perforación de abdomen...me estoy muriendo”.

Luis cierra los ojos. No ve al policía que se acerca y lo mira.

Tampoco ve el hilo de sangre que corre por su camisa y el pantalón, y luego por las baldosas amarillas; no escucha al dueño del comercio que comenta con el agente, (todavía temblándole la voz) el gran valor de las pieles robadas. No escucha, por último, a la señora Albornoz, que sale de la peletería acompañada de su marido, -dueño de “Albornoz, Artículos del Hogar- y le dice:

-Que barbaridad estos delincuentes tan jóvenes, ¿no querido? Menos mal que no se llevaron mi abrigo nuevo. Ya no se puede salir tranquilo a la calle.

-Si, querida.

Los dos pasan por delante del cuerpo de Luis. La señora Albornoz lo mira de soslayo, y reprime un gesto de asco al ver la sangre.

El señor Albornoz lo observa indiferente. Reservará su gesto de desagrado para el lunes por la mañana cuando su fiel empleado, José Gómez, le avise que no irá a trabajar por un "grave problema familiar".

Buenos días, su Plazo ha terminado

A las 9 de la mañana del 25 de diciembre de 1999, cuando Guille concluía su desayuno, el televisor, ociosamente encendido en un noticiero tan igual como todos, dejó escapar la conocida musiquilla de todas las festividades. La imagen, repetida sin duda en todos los canales de noticias del mundo, mostraba al Santo Padre a punto de lanzar las bendiciones acostumbradas.

“Hoy no entrará nadie a la Casa del Té”, pensó Guille, un tanto apesadumbrado. En realidad, sabía que igualmente se pegaría al computador en breves minutos. Días y noches de compartir tertulias en el foro de internet durante el último año habían creado una adicción benigna que no tenía intenciones de eliminar.

A punto ya de incorporarse abandonando las bendiciones papales para el próximo año, observó asombrado que la musiquita se interrumpía bruscamente. Tras un instante de borrosa confusión, la imagen del televisor se aclaró nuevamente, dando paso no al Papa, sino a un señor atildado, de largos cabellos, sentado (apoltronado, para ser exactos) en un aparentemente cómodo sillón. Tras él, una luz difusa pero potente, con reflejos dorados, iluminaba una habitación amplia y carente de adornos y muebles. El hombre, de mediana edad, sonreía levemente, dirigiendo su mirada directamente a los ojos de Guille.

“Buenos días, esta es una emisión en cadena internacional. Presten atención, por favor. Estoy aquí para anunciarles que, lamentablemente, su plazo ha terminado. Tienen cinco años para justificar su continuidad o su cese definitivo. Como es lógico, no se

admitirán prórrogas de ninguna especie. Comprenderán que no me resulta agradable darles esta noticia, pero ha quedado demostrado que resulta imprescindible una intervención estructural. Los detalles quedan a cargo de Gabriel. Buenos días.”

El señor fue inmediatamente suplantado por otro, no más joven pero vestido informalmente y de severa expresión, quien dijo:

“Buenos días, soy Gabriel. Como han escuchado, estoy comisionado para sugerirles los métodos que consideramos ideales para la evaluación. Esta transmisión abarca también la mayoría de las emisoras radiales en todo el mundo y se están enviando mails a todos aquellos que disponen de una dirección electrónica, de manera que no se aceptarán alegatos de desconocimiento o inadvertencia. Si bien sería más justo que cada individuo pudiera exponer personalmente sus motivaciones y sus descargos, la indiscriminada tasa reproductiva de los últimos siglos lo hace, si no imposible, verdaderamente impracticable.

Por lo tanto, y tomando en cuenta las limitaciones de tiempo que han sido expuestas, se conmina a los habitantes de todos los países a elegir un representante por nación, quien será el responsable de presentar el caso. No serán consideradas prerrogativas de raza -ya que ninguna etnia ha demostrado superioridad alguna- ni de religión, por idénticos motivos, pese a la -llamémosla humorística-simbología del día de la fecha. La elección del representante puede ser realizada de acuerdo a la modalidad de cada país, -incluso puede no haber elección- pero una vez acreditado no habrá posibilidad de retrotraer o impugnar esa designación, sea o no democrática y/o legítima.

En resumen: tienen cinco años para instruir a sus designados con los argumentos que consideren relevantes a los fines de justificar su continuidad. El 25 de diciembre del 2004, los designados comparecerán al juicio, que finalizará el 31 de dicho mes, sin dilación alguna. Buenos días.”

Guille sonrió abiertamente. Una regular broma de navidad, o la promoción de un nuevo programa. Pero sin duda era insólita la interrupción de la misa papal.

Llamó a Gloria:

“Te perdiste algo interesante. Interrumpieron el noticiero para hacer una publicidad de algún producto nuevo”

“No. -contestó Gloria ingresando a la cocina- lo escuché por la radio”

Curioso, Guille pensó que sería interesante hablar del asunto con los amigos de la Casa. Si el mensaje había tomado en cuenta las diferencias horarias, era indudablemente una promoción internacional importante. En ese caso, varios "teístas" estarían comentándolo en el Tablón.

Al ingresar, descubrió que la mayoría de los habitués se le habían adelantado. Pepa, Mex, Diógenes, Vagabundo, Primus, tenían ya sus mensajes. Mientras los leía, con cada “back” aparecía un mensaje nuevo: Teilaxu afirmaba haber recibido un mail, ya que no miraba tevé. Inouk, reaparecido, se burlaba abiertamente indicando que era la más descarada presión de la Iglesia de los últimos años. Severus y

Katama se manifestaban preocupados por el inmenso poder que una transmisión de tal magnitud representaba. Y Dalí, de pronto, dejó caer un escueto mensaje: “¿Y si es cierto?”

La vertiginosa aparición de los mensajes parodiaba un chat. Durante treinta minutos, las más variadas hipótesis se sucedieron. Desde la cocina, Gloria gritó: “Guille, va a salir en cadena el Presidente!”.

A regañadientes, Guille se separó del monitor. Llegando a la puerta de la cocina, distinguió a De la Rúa que iniciaba su mensaje:

“Compatriotas. Estoy seguro que la mayoría de ustedes han podido escuchar hace escasos minutos la proclama realizada por dos desconocidos. A pesar de estar convencidos de que se trata de una elemental broma de mal gusto, la interrupción ilegal simultánea de todas las transmisiones radiotelevisivas nos preocupó al punto de efectuar inmediatas consultas con gobernantes de otros países amigos.

Debo informarles que, indudablemente, la interceptación tuvo alcance mundial. No sabemos todavía el propósito de la misma, pero no podemos descartar una motivación terrorista. Al respecto, hemos consultado con el Presidente de los Estados Unidos, quien reiteró su profunda amistad con nuestro país y su total apoyo en caso necesario.

Se están realizando las investigaciones pertinentes, y la Interpol ha tomado cartas en el asunto. El Ministro del Interior ha sido comisionado para mantenerlos informados.”

Escéptico, como cada vez que escuchaba al Presidente, Guille se trasladó nuevamente a la consola. Allí, Pepa ratificó que Aznar acababa de emitir un mensaje similar al pueblo español. Mediante Vampiro descubrieron que Fujimori había hecho lo propio. Las confirmaciones comenzaron a llegar desde los más variados puntos del globo. Irrumpió en ese momento el Teólogo, que escribió:

“Estoy escribiendo desde Roma, en un momento en que pude escaparme. Esto es un pandemónium. No pude leer los mensajes de ustedes, pero sí quiero decirles esto: no es un chiste. El Papa está preparando ahora una comunicación para dirigirse al mundo entero. Están viajando a Roma los Obispos y Cardenales de todo el mundo y los principales dignatarios de todas las religiones reconocidas.

El rumor dice que lo sucedido fue anunciado hace años por la Virgen de Fátima, y que el Papa lo esperaba, si bien no tan pronto. No sé si podré entrar nuevamente. Pero parece que el Milenio llegó. Un abrazo para todos.”

El Tablón quedó bloqueado de mensajes, que prácticamente eran solamente títulos. Wind y JulieT coincidieron de pronto en la pregunta: “¿Y ahora qué?”

Nuevamente Gloria desde la cocina, sacó a Guille de la pantalla: “El Papa va a hablar” . Guille fue a “envía tu mensaje” y tipeó apresuradamente: “Me voy, el Papa”. Mientras se levantaba, apretando “enviar”, por el rabo del ojo alcanzó a ver en la nueva pantalla una decena de textos similares.

“Ha llegado la hora de la redención -decía Juan Pablo II desde la pantalla del televisor- Lo anunciado en Fátima ha sobrevenido, y el advenimiento está próximo. Nuestra contrición en estos momentos será sin duda la llave del Reino de los Cielos.

El Señor ha indicado que el Juicio está próximo, y con él el perdón de los pecados.

Convocamos a toda la cristiandad, a todos los hombres de buena voluntad del mundo entero, a orar con fe, para pedirle a la Santísima Virgen su intercesión ante el Padre.....”

Bruscamente, la imagen se enturbió. Al aclararse, el Papa había sido reemplazado por el hombre llamado Gabriel, quien con gesto adusto y aburrido, afirmó:

“No nos hemos entendido. Esta es la última comunicación aclaratoria.

No tenemos interés en dilucidar rivalidades religiosas ni se trata de redención de ningún tipo. No hay intercesión posible por parte de nadie, ni habrá juicio individual ni pecados perdonados.

Se los ha conminado a justificar su continuidad, o de lo contrario se dará por sentado que los esfuerzos realizados no son -¿cómo decirlo?- redituables en términos objetivos.

El único consejo que estoy autorizado a ofrecer es el siguiente: En primer lugar, deben seleccionar a sus representantes con carácter urgente. De lo contrario, éstos no tendrán tiempo para asimilar lo

segundo: deberán resolver, en cada país, qué argumentos presentarán.

De esos argumentos dependerá el éxito o el fracaso de sus delegados. Una última cosa: no habrá triunfo colectivo. Cada país será considerado una entidad especial, y el resultado -y las consecuencias del mismo- le atañeran en exclusiva.

Espero haber sido claro esta vez. Buenos días.”

Al retornar la imagen normal, todo el mundo tuvo la ocasión de observar al Papa sentado frente a la cámara, rodeado por sus Cardenales. Mudo.

La transmisión en cadena se interrumpió.

Guille se movió lentamente. Tomó conciencia de que había estado todo ese tiempo a medias inclinado, como a punto de sentarse, pero sin finalizar el movimiento. Se enderezó. Gloria lo miraba. Guille se encogió de hombros, sin respuestas. Ambos cruzaron los pocos metros hasta la computadora.

Había un solo mensaje nuevo, de Pepa: “Chat. Ahora. Palabra clave: Milenio”

Luchando con el java, Guille y Gloria se introdujeron en el área reservada:

<Nonick>: todavía no lo creo

<Ulises>: sin duda es una falsificación. ¿Vamos a pensar que ese señor es realmente Dios y el otro el Arcángel Gabriel? Eso no es científico.

<Pepa>: realmente no sé que pensar....

<Mexhunter>: todos los gobiernos lo tomaron en serio. El Papa también. No creo que pueda descartarse....

<Guille>: ¿Hay algo que pueda hacerse?

<Vampiro>: ¿A alguien se le ocurre algo?

<Victoria>: ¿Cada país tiene que salvarse solo?

<Lestat (el joven)>: ¿elegir representantes?

Una hora y media de chat aportó más preguntas que respuestas. No cabía duda de que, en todo el mundo, millones y millones de personas repetían una y otra vez los mismos interrogantes. El Milenio había llegado, pero no de la manera vaticinada por las religiones durante cientos y cientos de años. Al fin, la teoría del dios indiferente parecía imponerse, y toda la historia de la humanidad quedaba reducida a una sola pregunta: ¿valió la pena?

En su casita de campo, en el centro geográfico del culo del mundo, Guille y Gloria miraban el atardecer de Navidad, abrazados en el banco del porsche. Cinco años para encontrar las respuestas. No es mucho tiempo.

PEQUEÑA FARSA

La escena es en una habitación que bien puede ser el living de un departamento de clase media. Epoca actual. En un sillón, Marta lee una revista. Entra Claudia:

C- Hola.

M- ¡Hola! ¿Cómo te fue?

C- No se. Creo que tengo posibilidades. En la prueba me parece que hice todo bien.

M- Estás segura de que quieres conseguir ese empleo?

C- No.

M- No Entiendo. Trabajar ocho horas....por un sueldo ...si por lo menos necesitaras....

C- Te dije mil veces. Estoy cansada de estar acá. Metida entre cuatro paredes.

M- Podemos salir a pasear. Antes no te aburrías.

C- Es que es siempre lo mismo, Marta. Afuera o adentro. El problema es no tener nada para hacer. Nada por qué preocuparse. Siento que se me acaba el tiempo...

M- Que pavada! Todavía no tenés 35. Si lo dijiera yo, que ya cumplí los 40.

C- No es un problema de edad. Además no sé por qué tenemos que volver a discutir esto siempre. Al final terminamos en lo mismo. No me entendés. Y yo no entiendo cómo no te dás cuenta que las cosas que podemos hacer, las cosas interesantes, se nos están pasando sin que las miremos.

M- Yo no siento eso. Soy una mujer....madura, feliz....

C- Feliz? Estás segura de que sos feliz?

M- ¡Ah, no! Vamos a empezar con eso de: ¿Qué es la felicidad? Y demás preguntas estúpidas. Me siento feliz. (Vacilante) Creo...

C- Pues yo no. Me gustaría estar casada, tener hijos...

M- (burlona) Vos tendrías que llamarte Susanita.

C- Reíte tranquila. Pero a vos también te gustaría.

M- Y a quién no? Pero no me desespero por eso. A Dios gracias, hombres no me faltan, querida (siempre burlona, con aire vamp)

C- Si se les puede llamar así....

M- Qué tenés que decir? Que yo sepa, Alberto....

C- (interrumpe) Si, si. Alberto....claro.

M- Usaste un tono....

C- Te juro que no. Es que a veces me parece un poco raro...

M- Es normal. Todos los solteros de cierta edad son un poco maniáticos.

C- Si, No me hagas caso. Es que estoy nerviosa, sabés?

M- No tenés que hacer esos chistes, Claudia. Sabés que Alberto es importante para mí.

C- Si, ya sé. ¿Muy importante?

M- Si. Creo que si hablara de casarnos....

C- Yo te quería hablar un poco.

M- ¿De Alberto? No te das una idea de lo bien que me siento con él

C- Si. De Alberto. El otro día lo vi. Nos encontramos y fuimos a tomar algo.

M- La otra noche me llevó a cenar a un restaurante nuevo que quedaba en el bajo...¿Querés

un café?.

C- No. Vení, sentate. Tomamos una copa y...

M- Creo que no hay nada para tomar. Tenemos que comprar whisky.

C- No, digo con Alberto. Que tomamos una copa...

M- Es lo único que me molesta un poco de él. Toma demasiado, creo. Ya no tiene edad para andar haciéndose el pibe. ¿En serio no querés café?

C- No. ¿Me escuchás? (A Marta que desapareció en la cocina)

M- (gritando un poco) Te escucho. Además, es buen conversador. A propósito: ¿te fijaste lo charlatana que es Lucía? Ayer vino a tomar el té y no me dejó hablar para nada. Me contó que el marido de Laura....

C- Marta. Vos ya sabés lo que te voy a decir, no?

M- Eh? ¿De qué?

(Claudia la mira sin decir nada).

M- Si, claro. Ya se.

C- Cómo te enteraste? El te dijo...

M- No. El no dijo nada. Mi abuelita hubiera dicho: esas cosas se sienten.

C- Perdonáme. Fue inevitable, sabés? De golpe y sin saber cómo....

M- Pará. No me vas a contar cómo fue, supongo.

C- (sobresaltada) No...no, claro. Perdonáme.

M- Perdonarte? Si, seguro. En realidad no me importaba tanto.

C- Verdad que no? A mí me pareció...(se interrumpe al ver a Marta que la mira)

M- A vos te importa. Decíme. ¿Cuántos tipos te cruzás por la calle?

C- Qué tiene que ver?

M- Nada. Te mataría...

M- Me lo merezco. Te traicioné

M- El teleteatro de la tarde. Lo que faltaba.

C- (nerviosa) ¡Y qué querés que diga! No me siento nada cómoda hablando de esto.

M- ¡Ah! Porque a mí me hace una gracia...

C- Qué vamos a hacer?

M- Quiénes?

C-Cómo quiénes? Nosotros.

M- Vos querés decir... Los tres?

C- (asiente)

M- (irónica) Y... le podemos decir que se venga a vivir con nosotras. Total, ya que hay que compartir....

C- (escandalizada) ¡Marta! ¡Qué decís!

M- ¡Ah! Miren la puritana. No habrás sido tan remilgada para bajarte la bombachita. ¿O sí?

C- No. (Queriendo herirla) Y bien conforme que quedó.

M- ¿Y cuántas veces....?

C- (cambiando de actitud) ¡Terminála, Marta! Te ponés morbosa...

M- Si, es cierto. (Reaccionando) Bueno, y qué tiene de malo? A falta de pan....

C- (en voz baja) Imbécil....

M- Gracias. Se deben haber reído mucho.

C- Y si. Si querés saberlo, si. El se reía. Y me contaba cómo eras en la cama (Claudia habla mientras Marta se hunde) Y me decía que yo era mejor, y que le gustaba más, y (se detiene)

M- Dale, seguí. Ahora debe venir lo mejor.

C- Es mentira. Es mentira. No hablamos de vos. No hablamos de casi nada y los dos teníamos vergüenza. Y fue una cagada, porque los dos pensábamos en vos. Es verdad, Marta.

M- (se levanta y hace una reverencia) Milady, tanta generosidad me abruma.

C- (cansada)¿Vamos a empezar otra vez?

M- (yendo a la cocina) Bueno. ¿Querés un café?

C- Y, no se. ¿Lo dejamos?

M- Che, con la edad que tengo no me puedo mandar esas bromas.

C- Dijiste que hombres sobraban.

M- Y sobran. Pero eso no quiere decir que se fijen en mí. Además, Alberto me gusta.

C- A mí también.

M- (con sorna) Me imagino, me imagino.

C- Ufa! No la vas a terminar?

M- Si lo compartimos?

C- Estás loca?

M- ¿Por que? De hecho, vos ya lo compartiste conmigo. La que tendría que horrorizarme soy yo, que no sabía.

C- Si. Pero igual.

M- Igual, ¿que?

C- No se, me suena feo.

M- Pero, si puede ser divertidísimo! Mirá. Imaginémonos que llega ahora.

Ahí toca el timbre. Yo le voy a abrir. (Hace todos los gestos correspondientes.) Le abro, y le digo: Hola, mi amor. Y le doy un beso.

(Mira a Claudia) Mientras tanto, vos, acá en el sofá. (La lleva) lo esperás. El se sienta, claro

un poco incómodo, y sin que tenga tiempo de darse cuenta de nada, vos decís: Hola, mi amor. Y le dás un beso. Pensá en la cara que puede poner. (Se ríe)

C- (riéndose) Para la foto!

M- Entonces yo voy a la cocina a preparar el té, y los dejo solos.

C- (entrando en el juego) Y él me va a preguntar qué pasa, y le contesto con evasivas, y me lo arrinconó en el sofá. (Gesticula de acuerdo a lo que dice)

M- Y yo vuelvo a entrar, muy sonriente y me siento en el brazo del sillón y dulcemente le acaricio los cabellos.

C- Mientras yo sirvo el té y le pregunto si lo quiere solo o con crema.

M- Por supuesto, él no entiende nada y se levanta del sofá, muy nervioso.

C- Y yo me levanto y lo persigo. Lo abrazo en la mitad del living y le pregunto si se siente mal...

M- Claro. Yo voy al equipo y pongo música suave. Romántica.

C- Frank Sinatra. Y empezamos a bailar. Al principio él se resiste....

M- Pero después baila, y yo solicito bailar con él...

C- Y nos vamos turnando.

M- Y él se siente extrañamente a gusto...(mientras baila)

C- Hay que sacarle el saco para que esté cómodo (lo hace)

M- Y servirle un whisky (va a buscarlo mientras deja a Claudia bailando)

C- Whisky no hay (Claudia detiene el baile)

M- (Se detiene. Se recupera instantáneamente y regresa) No importa. Compraremos. (Toma a Claudia de la mano y la impulsa a bailar) Y bailaremos los tres juntos.

C- Chic to chic, como quién dice.

M- Yo no creo que él diga nada. (Se ríe)

C- A esas alturas, yo tampoco (riendo)

M- Y después lo arrastraremos hacia el sofá.

C- Y le sacaremos la corbata.....

M- Y la camisa...

C- Y...

Suena el timbre. Las dos detienen el juego y se miran. Miran la puerta. Vuelven a mirarse, algo avergonzadas. El timbre suena de nuevo. Marta se sienta en el sillón. Toma la revista que leía.

C- Te fijaste si alguien pedía secretarías?

M- Creo que hay un par de avisos. (sin mirarla)

C- (Se sienta en otro sillón) Es divertido buscar trabajo. (El timbre suena, insistentemente.)

M- (Sin dejar la revista) El sábado hay una reunión en casa de Cristina. Va a ir gente interesante.

C- Podemos ir. (Sigue mirando el diario) A lo mejor aparece algún candidato. (sonriendo a medias)

M- (haciéndose la ofendida) Che, yo no busco candidatos!

C- (burlona) No, si lo decía por mí.

El timbre sigue sonando. Ninguna de las dos parece escucharlo.